

International BestSeller

Un libro de la colección

*Dingo  
Drake*

**TRIANGULO**  
griego

Un libro de  
Dina Drake

## Triángulo griego

2024

MailBox 07664

.24 X 19 cm - 5678-6882|48679- FTY-2

371 42S | 22 / C34p LC PB5H7UN

Tutti i diritti riservati.

È vietata la riproduzione totale o parziale di quest'opera, in qualsiasi forma, senza il permesso degli editori.

Edizione digitale

# PROLOGO

Louise se embarcó rumbo a Grecia con el eco de sus propios latidos como compañía. Cada paso que la llevaba más cerca de su destino estaba marcado por la anticipación y la incertidumbre. La figura de su padre, apenas un recuerdo difuso desde su infancia, se alzaba ante ella como un enigma que anhelaba descifrar antes de que el tiempo se consumiera por completo. Samson Merritt, un hombre de mirada penetrante y palabras afiladas como dagas, era el guía designado para acompañarla en esta travesía emocional. Desde el primer encuentro, su actitud desafiante y sarcástica había creado una barrera entre ellos, una barrera que Louise luchaba por derribar con cada intento por comprenderlo.

"¿Un solitario?", repitió Louise, sintiendo el peso de sus propias emociones mezcladas con el amargo sabor de la decepción. "Quizás sea más fácil serlo que enfrentarse a la posibilidad de compartir el calor de otro ser humano en las noches frías", pensó para sí misma, aunque las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, sin encontrar salida.

La rabia bullía en su interior, una furia que amenazaba con consumirla por completo. ¿Cómo había podido creer que este viaje sería sencillo? ¿Cómo se había permitido ilusionarse con la idea de un reencuentro sin complicaciones? La carta que había enviado, ¿había sido un error fatal? Estas preguntas martilleaban su mente, pero ninguna respuesta parecía capaz de calmar el tormento que la consumía. El destino, con su ironía cruel, había tejido una red de desafíos a su alrededor, desafíos que Louise enfrentaba con valentía, pero también con una profunda sensación de desamparo. En medio de esta tormenta emocional, luchaba por encontrar un rayo de luz que iluminara el oscuro laberinto en el que se encontraba perdida.

# CAPÍTULO 1.

Inglaterra, 1992

Samson Merritt se metió las manos en los bolsillos del grueso abrigo que llevaba para protegerse del frío de la primavera inglesa. Los sombríos alrededores del cementerio tenían por fondo un cielo gris lluvioso, y los árboles desnudos no ofrecían protección en la oscura tarde. Caminó despacio por el sendero hacia el grupo de personas situadas al lado de la tumba. Se detuvo bajo un roble, observó con tristeza al grupo y se preguntó quién sería Louise Conway .

Miró el reloj. Charles le había dicho que sería a las tres y cuarto y ya eran más de las tres y media.

El grupo estaba formado por unas cuantas señoras de mediana edad, un hombre con un niño, un joven de unos veinticinco años y una chica, que, sin duda, era Louise Conway . La expresión de Samson se endureció. No podía verla bien. Era alta y esbelta, pero sus facciones estaban ocultas, lo mismo que su cabello, por el velo negro que llevaba en la cabeza. Imaginó que se parecería a Charles y tendría facciones redondas, cabello y ojos oscuros y aspecto agradable. Sintió desprecio al preguntarse de nuevo por qué aquella chica había decidido escribir a su padre después de tantos años de silencio, sólo para decirle que su primera esposa, su madre, había muerto. ¿Qué le importaba eso a Charles después de que le negaron el derecho a ver a su hija durante veinte años? De haber estado él en su lugar, habría ignorado la carta. Sin embargo, Charles era más gentil y decidió ponerse en contacto con su hija. Era natural que a Sarah no le hiciera gracia, ya que tuvo que soportar la decepción de su esposo durante tantos años. Además, estaba Gracelyn, a quien seguro le molestaría después de haber sido su favorita durante dieciocho años.

La ceremonia estaba a punto de terminar. El sacerdote terminó de rezar y echó el primer puñado de tierra sobre el féretro. Samson observó mientras tanto las reacciones de la joven. Se mantenía erguida y quieta. ¿Sería tan fría como aparentaba? Pero seguramente le dolía la muerte de su madre. Se encogió de hombros. Los ingleses no se parecían a sus compatriotas. Eran muy reservados y no mostraban sus sentimientos. ¿No se daban cuenta de que de eso se trataba la vida? ¡La alegría de vivir era sufrir y gozar! En Grecia nadie se reprimía, lloraban cuando la pena los embargaba y reían cuando estaban felices. Grecia era una tierra cálida y sus habitantes también. En cambio, Inglaterra y su gente eran fríos y sombríos.

La ceremonia terminó. El cura se volvió y colocó una mano sobre el brazo de la chica, animándola. La joven le siguió con la cabeza inclinada y él esperó a que el sacerdote pasara antes de detenerla.

— ¿Señorita Conway ?

La joven se detuvo y Samson se sorprendió al comprobar que era muy diferente a

cómo había imaginado. No se parecía a Charles, excepto en la altura y en la esbeltez. Tenía un rostro ovalado, el cutis claro y perfecto y los ojos grandes de color violeta, sombreados por largas pestañas. Era toda una belleza. El pelo era rubio, y liso.

— ¿Diga? — preguntó la chica.

Samson inclinó la cabeza. Se daba cuenta de las miradas de los demás y del joven que sujetaba el brazo de Louise, dando a entender que su intervención estaba fuera de lugar. Pero no le importó.

— Me llamo Samson Merritt y soy primo segundo de su padre, Charles Conway . Él me pidió que viniera — se detuvo y miró a los demás — . ¿Podemos hablar en otro sitio? ¿Le parece bien en mi hotel?

— ¿Samson Merritt? — murmuró después de observarlo tranquila — . Su nombre no significa nada para mí.

— Es lógico. Sé que le escribió a su padre — respondió impaciente.

— En efecto, para participarle la muerte de mi madre.

— Louise — intercaló el joven — . ¿De qué se trata?

— Le escribí... a mi padre — no deseaba entrar en explicaciones en ese momento — . ¡Pensé que él tenía derecho a saber qué mamá murió! — la emoción que dejó traslucir en sus palabras tranquilizó a Samson, después de todo no era insensible.

— ¿Por qué? — exclamó — . Nunca se preocupó por ti y no veo la razón para que lo tomes en cuenta ahora.

— Louise — intervino una mujer de mediana edad — . No me habías dicho que le escribiste a tu padre.

— No pensé que fuera necesario, tía Isabella — replicó mirando impaciente a Samson.

— Señorita Conway, sé que no es el momento adecuado, pero es muy importante que hable con usted.

Louise se encogió de hombros. De no haberla conocido en esas circunstancias, la habría considerado muy atractiva. Pero le molestaba la reticencia de la chica a hablar con él.

— ¿Le parece que nos veamos mañana, señor Merritt?

— No parece adecuado, señorita Conway .

— ¿No se da cuenta de que la señorita acaba de sufrir una gran pérdida? — Inquirió molesto el joven — . ¡No desea que la moleste ningún extranjero en este momento!

— La señorita es quien decide.

— ¡Billy, por favor! — suspiró Louise — . Más pronto o más tarde tendré que hablar con el señor Merritt. Ha venido desde muy lejos, para ello — apretó los labios y miró a los demás — . Tía Isabella, tío Rene, Freddy, señora Boyer, ¿les importa? No creo que tarde mucho tiempo y no hay nada que... — se mordió el labio.

— Por supuesto que no tenemos inconveniente — la señora Boyer la cogió del brazo — . Es justo que hables con el caballero. El hecho de que tus padres estuvieran divorciados no significa que no seas la hija de tu padre...

— Para mí mi padre es un extraño. Se trata de un asunto oficial, ¿verdad señor Merritt?

— Si está dispuesta... tengo mi coche...

— ¿Cómo sabemos que es quien dice ser? — preguntó su tía.

Samson sacó la carta que Louise le escribió a su padre y Louise la reconoció.

— ¿Nos vamos? — preguntó la joven. Billy la detuvo y ella movió la cabeza — . Ve a casa con los demás, Billy. No tardaré y prefiero estar sola. Lo que tenga que decirme el señor Merritt no llevará mucho tiempo.

— Está bien — aceptó a regañadientes.

— ¿Dónde se aloja, señor Merritt? — deseaba que su familia supiese dónde encontrarla.

— En la Posada Fanasic — Samson se adelantó impaciente.

Le intrigó el que ella no quisiera acompañarle. Pensó que se alegraría ante la oportunidad de hablar de su padre. ¿Qué motivo la impulsaría a escribirle entonces si no era el de obtener algún beneficio económico después de la muerte de su madre? Llegó al BMW y se impacientó más al ver que ella se detenía. ¿Quién creía que era haciéndole perder el tiempo? ¿Imaginaba que era un simple mensajero y que podía tratarlo en la misma forma que aquel joven? Se metió en el coche y sacó un habano del compartimento de los guantes, y lo encendió. Agradeció el calor del vehículo después del frío de la intemperie, pero seguía de mal humor. Unos minutos después, la puerta se abrió y Louise titubeó.

— ¡Entre! — ordenó enfadado — . ¡Se está enfriando el coche!

— Lamento el retraso — dijo cortés mientras subía al coche.

— También yo — Samson observó que a ella le molestaron sus palabras, pero no le importó.

Su indiferencia le enfurecía. Dirigió el coche hacia la calle principal. No recobraría la tranquilidad hasta que hubiese cumplido con su cometido y estuviese de vuelta en su país.

El cementerio quedaba en las afueras de la ciudad; en cambio, el hotel, estaba en el centro. Puesto que era una ciudad pequeña, no tardaron en llegar allí. Samson no quiso entablar una conversación banal y Louise iba ensimismada, de modo que viajaron en silencio.

La Posada Fanasic no era muy grande, pero gozaba de buena reputación por su comodidad y excelente cocina. Samson aparcó el coche y le indicó a la chica que saliera.

No se sentía muy caballeroso al sospechar que Louise había obrado por motivos mezquinos. Si ella le consideró descortés, no lo mostró, se limitó a obedecer. Le siguió al vestíbulo del hotel. Eran poco más de las cuatro y Samson maldijo la ley inglesa que no permitía que abrieran los bares sino a partir de cierta hora. Habría sido más fácil tratar el asunto con una copa en la mano en vez de una simple taza de té.

— Vayamos al salón, a esta hora no debe estar muy concurrido — dijo mientras se quitaba el abrigo.

El salón estaba desierto. Louise se sentó en una mesita arrinconada y Samson lo hizo frente a ella. Sacó otro de sus habanos antes de empezar.

— Lamento no poder ofrecerle un cigarrillo.

— No fumo — respondió calmada.

— Dígame, señorita, ¿por qué le escribió a su padre?

— Señor Merritt, me permite decir algo antes de responder — se encogió de hombros

— . Por su actitud... me doy cuenta de que piensa que lo hice por motivos mezquinos. Antes de que prosiga, tengo que convencerlo de lo contrario.

— Entonces, responda a mi pregunta. ¿Por qué le escribió? ¿No sabía que eso le preocuparía?

— ¿Preocuparle? — Abrió mucho los ojos — . ¡No creí que la muerte de la mujer con quien vivió menos de tres años le fuera a importar!

— Por lo visto, no se ha molestado en averiguar el tipo de hombre que es su padre.

— Exactamente, lo mismo que ha hecho él conmigo — replicó — . Debe saber que no he visto a mi padre desde que tenía dos años.

— Estoy enterado.

— Entonces, ¿por qué me hace esas preguntas? Mire, esta conversación no tiene sentido. Le escribí a mi padre sólo para informarle de la muerte de mi madre. No quiero nada de él. Si mi carta le hizo pensar otra cosa, lo siento — aseguró calmada.

Samson la observó con detenimiento. Parecía sincera, aunque tenía sus dudas. Debía saber que su padre era muy rico. No podía concebir que Louise no intentara sacarle nada al haber muerto su madre. El que ya no fuese una niña no tenía la menor importancia, seguía siendo hija de Charles.

— Si eso es lo que quería decirme, supongo que ya no hay nada más que hablar...

— Espere un momento, señorita Conway — interrumpió — Estoy aquí por algo.

Además, hasta cierto punto acepto que sus motivos fueron inocentes, aunque me parece muy extraño.

— Señor Merritt, ¡desde que me vio se ha comportado de forma grosera y ofensiva! Ya le expliqué mis motivos y no me voy a quedar a escuchar las insinuaciones que está haciendo — se puso de pie y él la imitó para detenerla.

— Cállese, señorita Conway . ¡Con esa actitud no logrará nada!

— ¿Quiere dejarme pasar, o pido ayuda? — exclamó Louise enfadada.

Samson se apartó sin decir palabra y ella atravesó el salón. Él la miró observando su cuerpo perfecto. ¡Qué orgulloso se sentiría Charles si la viera! ¿Y Gracelyn? Frunció el ceño, no le gustaría.

— ¿Sabe que a su padre sólo le quedan unos seis meses de vida? — dijo en el momento en que ella iba a abrir la puerta.

Louise se quedó petrificada. Poco a poco se volvió, pálida e incrédula.

— ¡Miente!

— Es la verdad — admitió con las manos en los bolsillos.

Louise le miraba aturdida.

— ¡Mi padre es joven! ¡No puede tener más de cuarenta y cinco años!

— Así es.

— Entonces, ¿cómo es...?

— Hace un año sufrió un ataque al corazón y descubrieron que tenía una grave enfermedad. Los doctores no le dan de vida más que hasta el próximo otoño.

— ¡Qué terrible! Nunca... sospeché...

— A menos de que posea dotes de clarividente, no había forma de que estuviese enterada.

— Lo siento...

— Todo estamos tristes — comentó sombrío — . Su madrastra, su media hermana...

— Tampoco sabía que tuviese una media hermana — se ruborizó.

— Eso sí que no lo creo — murmuró con aspereza.

— ¿Por qué no? ¡Mi padre nunca nos informó acerca de su vida!

— ¿De verdad? Mi querida señorita Conway, ¡uno de nosotros ha sido engañado!

— No comprendo. ¡Deje de hablar con acertijos! — exclamó — . Si tiene algo que decirme, ¡hágalo de una vez!

— Muy bien — sonrió burlón — . Con regularidad, su padre le escribía a su madre; ¡no sólo eso, sino qué las siguió manteniendo sin necesidad de hacerlo!

— ¡Eso no es cierto! — interrumpió — . Mi madre no aceptó nada de mi padre... después de que la abandonara.

— Pues es la verdad. ¡Se lo puedo probar si me da tiempo! — exclamó tratando de contener la furia ante la terrible candidez de la chica.

— ¿Todavía hay más? — preguntó desconfiada.

— Mucho más, tanto, que dudo ser capaz de decirlo todo sin perder los estribos.

— No me lo diga. Debe estar tan condicionado como yo.

— Por favor, siéntese. Insisto en que debe saberlo. Por su padre. Lo que diga no le hará daño a su madre ya.

— Está bien — aceptó antes de sentarse en un taburete — . Continúe.

— Su padre es un hombre muy familiar, y eso la incluye a usted. Sin importarle el pasado, está dispuesto a perdonarla y aceptarla en su casa.

— ¿Aceptarme en su casa? — repitió sin comprender.

— Tal vez no escogí las palabras adecuadas, pero eso fue lo que logró con la carta que le envió.

— Y por eso usted se imaginó que yo le escribí sólo por interés — dijo con lentitud — . Sus temores son infundados, señor Merritt.

— ¿Qué quiere decir? — Samson se irguió y frunció el ceño.

— Es evidente. Me duele que mi padre esté enfermo, pero a fin de cuentas, eso no cambia nada.

— Parece que no comprende lo que trato de decirle, ¡Su padre me envió para que la llevara con él!

— Mi padre hizo, ¿qué? — preguntó anonadada.

— Me ha escuchado bien, señorita. ¿Cómo esperaba que reaccionara él?

— No pensé que lo hiciera de ninguna forma, ya que nunca se molestó por mí en todos estos años.

— ¡Eso no es cierto! — replicó severo.

— Explíquese — su rostro mostraba tensión.

— Créame, señorita, esto me resulta tan desagradable como a usted, pero al parecer, su madre la engañó en varias cosas. Su padre no las dejó sin asegurarse de que quedaran protegidas económicamente. Desde el divorcio no dejó de informarse sobre las actividades de su hija — Louise se levantó tambaleante y se dirigió a la ventana.

— No le puedo creer. ¿Qué motivo tendría mi madre para ocultármelo?

— Tal vez por el mismo motivo por el que impidió todos los intentos de su padre por ver a su hija.

— ¿Intentó verme? — Louise se dio la vuelta.

— Sí, cuando era usted una niña. Su madre no tenía derecho a impedírselo, en el juicio de divorcio fallaron a favor de las visitas de su padre. Pero ella le hizo ver, con toda claridad, que no permitiría una relación normal entre él y usted. Charles pensó que sería injusto convertirla en la manzana de la discordia entre ellos. Más adelante, cuando nació Gracelyn, él se volvió menos agresivo y Sarah, desde luego, no le fomentó el interés.

— Supongo que es la mujer con quien se casó — su tono era frío.

— Sí.

— ¡Es increíble! Siempre creí que el dinero de mi madre provenía de su trabajo en la oficina y que era muy hábil para equilibrar el presupuesto. Pero si mi madre pensó que era mejor mantenernos alejados, sus razones tendría.

— ¿Cree que fue justa?

— Yo no soy quien para juzgar a ninguno de los dos. Era muy pequeña cuando... se separaron.

— No podemos hablar de algo tan personal — dijo brusco — . He venido a tratar un asunto muy diferente.

— ¿Se refiere a que vaya a ver a mi padre?

— Desde luego.

— ¡Eso es absolutamente imposible!

— ¿Por qué?

— Verá, tengo un trabajo y no puedo ausentarme.

— Renuncie. Su padre la mantendrá — Samson ya no hablaba con desdén.

— Prefiero conservar mi independencia — aseguró calmada.

— ¿En qué trabaja?

— Soy secretaria en una consulta médica.

— Nadie es indispensable, encontrarán quien la reemplace.

— Sí, pero me gusta mi trabajo — arguyó — . Mis vacaciones me corresponden en el mes de junio. Pienso casarme para entonces.

— De modo que se casará cuando su padre se está muriendo.

— ¡Qué modo tan cruel de decirlo!

Samson suspiró, sabía que había sido cruel, pero se trataba de la tranquilidad y reposo de Charles . Era indispensable convencer a la chica como fuese para que visitara a su padre.

— ¿Conoce Grecia, señorita Conway ?

— No, mis padres se casaron cuando papá trabajaba en Londres.

— Supongo que sabe que su padre es griego.

— Por supuesto.

— Dirigió su carta a las oficinas de la empresa de Grecia, ¿no sabe dónde vive?

— No tengo por qué saberlo.

— Posee una isla, Haukar. Hace diez años que él y Sarah viven allí.

— No me interesa — apretó los labios.

— ¿No tiene la menor curiosidad hacia su padre, su segunda esposa y su hermanastra?

— ¿Qué intenta, señor Merritt?

— ¡Trato de que vea las cosas con cordura! — exclamó violento — . ¡Y de mantenerme calmado!

— ¿A qué se refiere?

— ¡A que es usted muy egoísta si continúa negándose a ver a su padre!

— ¿Qué quiere que haga? — gritó.

— ¡Que vaya a Haukar! ¡Que haga feliz a un hombre que se encuentra en el umbral de la muerte!

— ¿Y qué hago con mi familia, con mi novio?

— No le pido que abandone a su novio, sólo que vaya a ver a su padre antes de junio.

— Mi empleo... — murmuró.

— ¡Abandónelo! — ordenó — . De todos modos lo dejaré enseguida.

— ¿Por qué iba a hacerlo?

— ¿No dijo que se casaría en junio?

— En Inglaterra, es normal que la mujer trabaje — replicó divertida.

— Lástima — comentó imperturbable.

— Necesito tiempo para pensar y hablar con mi novio.

— Supongo que es el joven que vi en el cementerio.

— Así es.

— Le aseguro que su cometido no será fácil. No creo que muestre mucho entusiasmo.

— Billy es bastante posesivo — admitió suspirando.

— También es estúpido si piensa que una mujer tan independiente como parece ser usted, acepte esa actitud — arguyó Samson.

— No Necesito su opinión, señor Merritt. Billy y sus padres han sido muy buenos con mi madre y conmigo — la voz temblorosa le recordó a Samson la pena tan grande que acababa de sufrir la joven.

— Muy bien, señorita Conway — dijo cansado — . ¿Me promete que pensará en la propuesta?

— No tengo alternativa — contestó — . A pesar de lo que usted pueda creer, no soy insensible, y debo admitir que la idea de conocer a mi padre me atrae, aunque sólo sea por curiosidad.

— No sería normal que no lo sintiera. Después de todo, somos humanos. Vamos, la llevaré a casa.

— Prefiero ir sola. Mañana le comunicaré mi decisión.

— A las doce — no podía sentir piedad por la chica.

Ella asintió y cuando se fue, Samson subió a su habitación. Se sirvió whisky en un vaso, se aflojó la corbata y se dejó caer sobre la cama. La entrevista se había

realizado, pero algo de Louise le tenía preocupado. Sentía cierta atracción hacia ella a pesar de que se consideraba poco vulnerable. Trató de canalizar sus pensamientos por otros derroteros.

## CAPÍTULO 2

Deseando no encontrarse con sus tíos en casa, Louise, giró por la calle Latimer. La tía Isabella era la única hermana de su madre y no vería con buenos ojos que fuese a ver a su padre. Apoyaría la actitud de Ruby y no sería fácil convencerla de que no podía ignorar lo que le había dicho Merritt. Y Billy también sería otro problema. Era una situación difícil, pero Charles Conway era su padre y pronto moriría.

Llegó al número veintisiete y abrió la reja. Sus tíos y el primo Freddy estaban viendo la televisión. Billy, al verla, la saludó desde la ventana.

— ¡Has tardado mucho! Debiste dejarme que fuera por ti.

— El señor Merritt se ofreció a traerme, pero preferí coger el autobús — esbozó una sonrisa — . Necesitaba tiempo para pensar.

— ¿Sobre qué?

— Muchas cosas — caminó por el vestíbulo a pesar de los esfuerzos de Billy por detenerla — . Tengo sed, me gustaría tomar un poco de té.

— ¿Qué has estado haciendo? ¡Son casi las seis! — exclamó su tía Isabella.

— ¿Hay un poco de té? — inquirió, ignorando la pregunta.

— Claro, aunque más vale que lo calientes, hace mucho que lo hicimos. La señora Boyer se fue porque tenía que atender a su esposo.

— No importa, tía, lo prepararé. ¿Han comido?

— No tenía mucha hambre — se enjugó los ojos — . ¿Qué quería ese hombre? Nunca me han gustado los extranjeros. Mira lo que le pasó a tu querida madre...

— Por favor, ahora no — murmuró Louise dirigiéndose a la pequeña cocina — Billy, ¿me haces el favor de vaciar la tetera, cariño?

Tanto Billy como su tía tuvieron que aceptar que, por el momento, la joven no les contaría nada. Su tía regresó a la sala para hablar en voz baja con su esposo. Louise esbozó una sonrisa al adivinar lo que hablaban. Su tía la consideraba insensible por su serenidad, pero ella no era de las personas que descubrían sus sentimientos en público. Billy vació la tetera y se puso a lavar la vajilla. Louise le observó enternecida. Impulsivamente, le rodeó la cintura con los brazos.

— ¡Oye! — exclamó dándose la vuelta, encantado — . ¿Qué es esto, amor en la cocina?

— No, tengo que decirte algo que no te va a gustar.

— ¿Por qué?

— Es importante que vaya a Grecia — dijo después de suspirar — . Mi padre desea verme.

— ¡Bromeas! — exclamó incrédulo y enfadado.

— Tengo motivos...

— ¿Qué motivos puede tener? — la interrumpió — . ¡Dios mío, hace pocas horas recordabas las penurias que pasó tu madre para criarte y ahora que está enterrada, piensas ir a visitar al responsable!

— Te equivocas — suspiró — . Mi padre está muy enfermo y le queda poco tiempo de vida. Desea verme...

— ¿No te parece que es demasiado tarde para eso? — objeto Billy — ¿Hace todo un drama y piensa que eso lo exonerará de sus pecados?

— ¡No! — Sabía que Billy reaccionaría así, pero tenía que ir y nadie la haría cambiar de opinión — . Billy, trata de comprender — suplicó.

— ¿Qué hay que comprender?

— No me queda otro remedio — hizo un gesto desvalido.

— ¿No significó nada tu madre para ti?

— ¿Cómo puedes decir eso? Sabes cuánto la quería.

— Entonces, no comprendo cómo puedes tomar esa decisión tan pronto, acabamos de enterrarla.

— ¡Precisamente porque está muerta no le puedo hacer ningún daño! Tengo que pensar en mi padre que todavía vive.

— ¿Cuándo pensó él en ti?

— Cuando mis padres se divorciaron, le concedieron la patria potestad a mi madre y mi padre intentó verme. Mamá insistió en que sería mejor que no lo hiciera.

— ¡Ya me lo imagino! — Billy se encogió de hombros — . Y su actual esposa no lo animó a intentarlo de nuevo.

— No lo sé, pero tienen una hija, mi hermanastra.

— ¡Qué enternecedor! ¿Se supone que será una reunión familiar?

— No, nada por el estilo. El señor Merritt vino a instancias de mi padre para convencerme de que fuera a Grecia. En otras circunstancias me habría negado.

— ¿Estás segura de que está enfermo?

— No tengo motivos para dudarlo.

— ¡Todo esto es descabellado! ¿Qué te hizo escribirle? — Preguntó desalentado.

— No lo sé, pensé que debía hacerlo. Después de todo, fue su primera esposa. No me dijiste que le habías escrito — replicó resentido.

— No se lo dije a nadie, apenas hace tres días que le escribí.

— ¿Se lo dirás a tu tía?

— Tendré que hacerlo.

— ¿Hoy mismo?

— No lo sé.

— Te aconsejo que esperes. Dale tiempo a que se reponga de la pérdida de su hermana — la miró intrigada — . ¿Cuánto tiempo tienes? ¿Cuándo piensas ir? ¿Qué harás con tu empleo?

Louise aprovechó el momento en que hirvió el agua para no contestar. No sabía qué decirle, ya que ni ella misma lo sabía. Preparó el té y sirvió un poco de leche en cada taza.

— ¿Cuáles son tus planes? — insistió Billy.

— No lo sé, le prometí al señor Merritt que le vería mañana a las doce para comunicarle mi decisión.

— Por lo menos no te has comprometido todavía.

— Pero lo haré.

— Estás loca. Vivimos bien aquí, ¿no? Tienes un buen empleo y yo también. Dentro de unas semanas estaremos buscando casa y luego nos casaremos... ¿Cómo puedes arriesgar todo? ¿No puedes explicarle la situación a tu padre en una carta?

— No — contestó después de meditarlo — . No puedo escribirle a un hombre que se está muriendo para decirle que no dispongo de tiempo para ir a verle.

— El viaje costará bastante dinero.

— Supongo que él pagará los gastos.

— ¡Así que lo que te interesa es su dinero! — exclamo burlón.

— Tu sugerencia es indecente. Si piensas eso, me pagaré yo el billete. No quiero su dinero.

— ¿Qué harás si no te dan permiso para ausentarte del trabajo?

— por Dios, Billy, deja de hacerme preguntas.

— ¡Maldito extranjero! — murmuró enfadado — . Nada más verle supe que nos traería problemas. ¿Es el guardaespaldas de Tu padre?

— No lo sé, dijo ser un pariente lejano, creo que un primo. Cuando hables de extranjeros recuerda que llevo sangre griega en mis venas!

— Tus antepasados pudieron haber sido griegos, pero eres tan inglesa como yo.

— ¿Qué te pasa? ¡Nunca has hablado de esta forma!

— No me gustaba pensar en ello, igual que a mamá.

— Sin embargo, ya no te importa.

— Yo no he dicho eso.

— No era necesario — Billy volvió a encogerse de hombros.

— ¡Esto es el colmo! ¿Yo no tengo derecho a opinar?

— Billy, si se tratara de tu padre, ¿qué harías? — arguyó cansada.

— Sería diferente.

— Vamos a reunimos con los demás — sugirió después de beberse el té.

Hasta que no estuvo acostada no se permitió pensar en la magnitud del problema.

¿Sería prudente ir a ver a su padre? ¿No sería una afrenta contra Billy y su tía?

Louise se movió en la cama inquieta. Su conciencia le dictaba aceptar la oportunidad de conocer a su padre. Estaba confusa, su madre nunca permitió que la interrogara acerca de su padre y siempre mostró gran amargura. Si era cierto que su padre envió dinero todos esos años, su madre consideró que era mejor guardar el secreto. Bastante difícil fue sobrevivir con el sueldo de ella sola; no la podía culpar por haber aceptado lo que le correspondía. Sin embargo, la molestaba que la hubiera engañado.

El día siguiente sería viernes y no tendría que acudir a la oficina hasta el lunes. Tan pronto como tomara una decisión, llamaría al doctor Barrett, el socio de más edad de la

clínica, y le explicaría la situación.

Si la despedían por no poder prescindir de los servicios de alguien, no le sería difícil conseguir otro empleo más adelante.

Era una secretaria con experiencia y seguro que le darían buenas cartas de recomendación.

El mayor obstáculo lo constituía Billy. Era natural que se sintiese ofendido. No conocía todos los detalles y le atañía tan directamente como a ella. Tendría que convencerlo de que no podía ignorar a su padre en ese momento. Tendría que ponerse en su lugar y considerar lo urgente del asunto.

Pensándolo bien, le emocionaba la idea de conocer a su padre. Lo poco que sabía de él, se lo contó su tía Isabella quien, desde luego, tenía prejuicios hacia él. Su madre nunca quiso hablar de asuntos personales con ella.

Ruby conoció a Charles Conway cuando este asistía a la universidad en Londres, justo después de la guerra. Ruby trabajaba como secretaria y daba clases por las tardes. Era unos años mayor que Charles, pero su belleza atrajo enseguida al griego. Al descubrir que los padres de Charles eran millonarios, ella trató de terminar con él, pero Charles la amaba demasiado para permitirlo. Cuando él terminó sus estudios y debido a que Ruby deseaba quedarse en Inglaterra, arregló todo para quedarse a trabajar allí, en la sucursal de la empresa familiar. El matrimonio empezó con buenos auspicios, pero los problemas se presentaron cuando Ruby se quedó embarazada. Louise sabía que su madre quería esperar para tener familia y que culpaba a Charles de su condición. Él deseaba muchos hijos, lo que en labios de su tía Isabella sonaba burdo. ¿Acaso era poco razonable querer varios hijos? ¿Fue insensata su madre al no desear más que uno? Louise no lo sabía. El hecho fue que después de nacer ella, su padre empezó a ausentarse con más frecuencia de la casa, pasando temporadas con su familia en Atenas. La ruptura final fue inevitable, ya que existía otra mujer, Sarah, y una hija.

Louise suspiró y se levantó, no podía dormir. Todavía le era difícil aceptar la desaparición de su madre. Su tía se ofreció a acompañarla, pero no aceptó. Tarde o temprano tenía que acostumbrarse a vivir sola y cuanto antes lo hiciese, mejor. Bajó a la cocina para hacerse un poco de té. Mientras hervía el agua, fue a la sala. Era poco después de medianoche, en realidad no tan tarde, pero se sobresaltó al escuchar el timbre de la puerta.

— ¿Quién es? — preguntó nerviosa.

— ¡Louise ! Soy yo, querida, la señora Boyer — anunció una voz a través de la puerta.

— ¡Señora Boyer! — exclamó — . ¿Qué hace aquí a estas horas?

— Quise venir antes, pero sabía que estabas con tu tía y Billy, y no deseaba entrometerme. ¿Estás bien? Iba a meterme en la cama cuando vi que se encendía la luz — vivía al otro lado de la calle.

— No podía dormir y bajé a preparar un poco de té, ¿le gustaría tomar una taza? Si Por favor. Nunca lo rechazo — confesó con una risita. Se sintió con más ánimos

La señora Boyer le caía muy bien aun cuando ella era más jovencita. Siempre era su confidente la que la ayudaba en la comunicación con su madre.

Se sentaron cerca de la chimenea. ¿Has hablado con el señor Merritt? ¿Puedes

decirme de qué se trata o es algo confidencial?

— Se lo conté a Billy, pero mi tía aún no lo sabe.

— ¿Se trata de tu padre?

— ¿Cómo lo sabe?

— ¿Qué otro asunto podía ser?

— El señor Merritt tenía la carta que le enviaste.

— ¿De qué se trata Louise , quiere verte?

— Sí — respondió incrédula de la perspicacia de la señora.

— Lo imaginé. Es natural, ya que eres su hija.

— Señora Boyer, me deja atónita. Es usted la única persona que diría eso.

— Mantuve amistad con tu madre durante muchos años, pero fue muy dura con tu padre — suspiró.

— ¿A qué se refiere? — preguntó intrigada.

— Nada especial, querida. Cuéntame lo que te dijo el señor Merritt. Me gustaría saberlo.

Louise le refirió todo y se mostró un poco dudosa al mencionar su enfermedad.

Al terminar, la señora Boyer asintió.

— Tienes un buen problema.

— Lo sé — fijo la vista en la chimenea — . ¡Cómo me gustaría que Billy lo comprendiera! Si estuviese de mi lado, no me importaría la opinión de mi tía. Pero con las cosas así, ella le pedirá apoyo para que la ayude a disuadirme.

— No puedes negarte a ir a ver a tu padre.

— ¿Lo comprende usted?

— Claro, y Billy lo habría comprendido si tu padre hubiese venido personalmente o si hubiese enviado a otra persona.

— No entiendo.

— ¿Es que no te fijaste en el físico del señor Merritt?

— Sigo sin entender.

— Querida Louise , ha sido un día difícil para ti y yo soy muy imprudente.

— Ya que empezó, debe terminar. ¿Cree que Billy está celoso?

— No podemos descartar esa posibilidad. Es lo más natural. Observa bien el espejo. Además, no puedes negar que el señor Merritt es muy guapo.

— ¡Señora Boyer! — la reprimió.

— Eso es lo que pienso — rió la mujer.

— Billy no tiene motivos para estar celoso — aseguró — . ¡El señor Merritt no es mi tipo, es demasiado moreno!

— A pesar de eso, no deja de ser posible. Eres muy hermosa y he notado cómo te admiran los hombres. Billy tendría razón de ponerse celoso. Sin embargo, no tiene derecho a interponer ese sentimiento para evitar que vayas a ver a tu padre.

— ¿De manera que piensa que debo ir?

— Sin lugar a dudas. ¿Has tomado ya alguna decisión?

— No del todo, mañana veré al señor Merritt a las doce.

— ¿Es eso lo que te mantiene despierta?

— Supongo que sí.

— No debe preocuparte, Louise . ¿Qué edad tienes, veintiuno, veintidós? — Louise asintió — . Tienes toda la vida por delante para compartirla con Billy, pero a tu padre sólo le quedan seis meses de vida. Si no acudes a su llamada, todos los años que vivas junto a Billy se verán oscurecidos por el sentimiento de culpa. Inclusive lo culparás a él, si las cosas no marchan bien. ¡Por Dios, criatura! Faltan tres meses para tu boda, tienes todo el tiempo del mundo!

— ¿Y si pierdo mi empleo? — inquirió dudosa

— ¿Qué importancia tendría? Eres muy competente y no te costará hallar otro. Hay gente responsable y capaz.

— Tiene razón.

La señora Boyer le acarició el brazo

— No sigas permitiendo que otros dicten tu vida.

— ¿A qué se refiere?

— Lo sabes bien, ¡tu madre! Siempre marcó tus pasos... hasta que cayó enferma.

— Es muy triste saber que ninguno de mis padres llegará a viejo.

— Tu madre murió en vano, Louise — la mujer removió té — . Hace varios meses le advirtieron que necesitaba operan Sólo ella es culpable por haber dejado pasar tanto tiempo.

— ¿Por qué lo haría?

— ¿Quién sabe? Tal vez temió que te enteraras de ciertas cosas estando ella en el hospital.

— ¿Se refiere al dinero?

— Entre otras cosas. Es posible que tu padre le escribiera a menudo, preguntando por ti. Sabía que te molestaría enterarte de que te ocultó todo eso. Tu madre era una mujer posesiva. A raíz de la partida de tu padre, te convertiste en el centro de su atención. Lo eras todo para ella.

— La manzana de la discordia — suspiró infeliz la chica.

— Más bien, la espada de la victoria — murmuró muy bajo — . Debió ser muy difícil para tu padre aceptar que no podía verte.

— Usted lo sabía todo. ¿Por qué no me lo dijo antes? — se quejó.

— Tenía las manos atadas. Ruby nunca me habría perdonado que le robara el afecto que le tenías. Por lo menos así lo habría tomado ella. Sin embargo, creo que ahora debes valorar algunos hechos.

— Tiene razón y Billy deberá comprenderlo.

— Si te quiere, lo hará.

Bastante más tarde, después de que la señora Boyer fuera, Louise volvió a la cama. Ya no tenía tantas dudas, sentía apoyada. Logró conciliar el sueño y se despertó casi a once de la mañana siguiente. Tendría que apresurarse para llegar a tiempo a la cita con Samson Merritt.

## CAPÍTULO 3.

Cuando Louise entró en la Posada Fanasic, unos minutos después de las doce, estaba llena de gente. Era un sitio muy concurrido, aunque ella no lo frecuentaba. Se abrió camino hacia la mujer que atendía el mostrador de recepción, quien la miró sorprendida cuando le preguntó por el señor Merritt.

— ¿Le espera él, señorita...?

— Conway . Sí, me espera.

— Muy bien, llamaré a su «suite» — alzó una ceja.

Louise se fijó en que la mujer dijo, «suite» y esperó. Era evidente que Samson Merritt era un hombre pudiente. Observó a la gente que llenaba el vestíbulo. Casi todos pertenecían al tipo de los que se dirigen al bar para tomar una copa antes de entrar al comedor.

Empezaba a sentirse molesta por la tardanza, cuando le tocaron el brazo. El griego estaba frente a ella, con un traje marrón y una camisa crema. Así vestido Billy parecería informal, pero Samson Merritt poseía una elegancia innata.

— Buenos días — saludó — . Siento haberla hecho esperar, Pero me entretuvieron unas llamadas telefónicas. No tiene importancia — respondió — . Debí llamarlo por teléfono para informarle de mi decisión.

— No , ha hecho bien , No me agrada tratar asuntos personales por teléfono, además, en caso de que haya decidido ir a ver a su padre, tenemos que arreglar varias cosas.

— Supongo que sí.

— Venga, vamos al bar. Tomaremos algo antes de comer.

— ¿Comer? — Louise frunció el ceño.

— Claro, ¿no se lo dije ayer?

— A decir verdad, no — no sabía si deseaba comer con él, ni si debía hacerlo. A

Billy no le gustaría, aunque nada tenía de malo. Recordó las palabras de la señora Boyer y se dio cuenta que muchas mujeres la envidiarían el compañero alto y apuesto. Pero ello no estaba segura de que le gustara esa masculinidad tan evidente. Además, era demasiado mundano y cínico. Daba la impresión de que despreciaba a las mujeres considerándolas presas demasiado fáciles.

— Preferiría hablar mientras tomamos la copa, señor Merritt. No creo que deba comer con usted.

— ¿Puede decirme por qué?

— Si he de ser franca, a mi novio no le gustaría.

— No veo por qué, usted es mayorcita para decidir por sí misma — habló en tono burlón.

— No se trata de eso... — negó incómoda.

— A pesar de todo, debo insistir. No permitiré que su novio rija mis acciones.

Louise suspiró y ante la indicación de él, le precedió al bar. La alfombra era mullida, lujosa y estaba decorada con un gusto exquisito. Samson sugirió que se sentasen en la barra y Louise se dirigió a uno de los altos taburetes. Pidió un gin-tonic y Samson, un whisky.

— Supongo que he decidido aceptar la invitación de su padre — se volvió hacia ella.

— Sí.

— Perfecto, estaba seguro que lo haría.

— Lo dice como si pensara que acepto por algún motivo oculto — replicó irritada — . Insisto en que no lo hago por interés. Mi novio se opone y piensa que no le debo nada a mi padre. Considera que estoy loca al poner en juego mi empleo cuando ambos estamos ahorrando para comprarnos una casita. En cuanto a mi tía, no le gustará cuando se lo diga. Es hermana de mi madre y creerá que traiciono la memoria de mi madre.

— Comprendo — murmuró y sacó una caja de puros — . Hablemos de los detalles.

Louise bebió un trago, preocupada. No confiaba en ese hombre.

— ¿Trabaja para mi padre?

— No, ¿por qué?

— Por curiosidad. Me imagino que trabaja, ¿no?

— Claro que trabajo — respondió — . ¿Entramos al comedor? Reservé una mesa.

En el restaurante, el camarero los guio a una mesa junto a la ventana y les dejó estudiando el menú.

— ¿Qué le apetece tomar? No hay variedad en el menú.

— Si piensa eso, le sugiero que pruebe el restaurante chino. Tienen una variedad interminable de platos — repuso calmada.

— Gracias por la sugerencia — murmuró burlón — . Me dijeron que hay un restaurante griego en Whitegate, ¡si siento la necesidad de alimentarme bien, iré allí!

Louise no contestó. Cualquier cosa que dijese, él se la refutaría y eso le molestaba. Con Billy no le sucedía lo mismo, se consideraba en el mismo plano que él. Pero ese hombre parecía querer dominarla. Le miró de reojo, escudándose en el menú, y recordó que al entrar varias mujeres le siguieron con la mirada. ¿Estarían especulando sobre su relación? Oxhamton quedaba a unos ochenta kilómetros de Londres y sus habitantes eran casi todos granjeros o industriales de productos lácteos. Por lo tanto, Samson con su aspecto extranjero, debía despertar gran interés.

Dejó el menú, pidió un cóctel de gambas, filete y ensalada; Samson pidió lo mismo y una botella de vino.

— Su padre se alegró al saber que iría — comentó indiferente.

Ella estaba distraída admirando un abrigo de piel que llevaba una mujer que entraba en ese momento al comedor.

— Lo siento, ¿qué decía?

— Que su padre está encantado de que haya decidido ir a Haukar — respondió sin inmutarse — . Hablé con él anoche...

— ¡Pero si no sabía lo que yo decidiría! — exclamó.

— Digamos que lo imaginé. Querida señorita Conway , no creo que haya habido duda en ningún momento. Sólo una mujer despiadada rechazaría cumplir el último deseo de un moribundo.

Furiosa, Louise se quedó mirando los cubiertos sin alzar la vista. Nunca había conocido a un hombre tan indiferente a sus sentimientos.

— Corrió un gran riesgo. ¿Cómo podía estar seguro que mi novio no me lo impediría?

— Seamos sensatos, señorita Conway . Su novio no le impidió escribirle a su padre...

— ¡No sabía nada del asunto!

— A eso me refiero. Usted se lo ocultó. Y ayer no se opuso a que viniese a hablar conmigo.

— Esto es ridículo. ¿Por qué habría de molestarle que hablara con usted?

— Pudo haber venido con usted — se encogió de hombros.

— ¿Qué trata de decirme, señor Merritt? Le advierto que...

— Señorita Conway , lo que haga y con quién ande es asunto suyo. Lo único que digo es que la posibilidad de que su novio le impida tomar la decisión correcta es muy remota.

El camarero se presentó con el vino y Samson lo degustó como buen conocedor, antes de que lo sirvieran. Louise estaba muy nerviosa y tuvo que esforzarse por comer. Había algo en Samson que le ponía nerviosa y asustaba. Poseía un gran atrevimiento y era imposible discutir con él.

— Al parecer, conoce todo lo que a mí se refiere y sólo por deducción. Qué lástima que yo no posea esa habilidad.

— Conozco a muchas mujeres, señorita Conway , y no son tan complejas como los hombres.

— Es usted un cínico, señor Merritt.

— Es posible que lo sea, pero en mi trabajo es difícil no serlo.

— ¿A qué se dedica? — preguntó curiosa

— A la bioquímica — respondió después de que les sirvieron el segundo plato — . No es tema interesante para la hora de la comida.

— Al contrario, creo que es muy interesante — admitió sorprendida.

— No cuando se tiene un estómago débil — aseguró mientras se servía un poco de ensalada.

— No creo haber dicho que mi estómago sea débil — repuso impaciente.

— Tampoco dije yo que lo tuviera.

Louise se concentró en su filete. Su profesión parecía de acuerdo con su personalidad. Se preguntó si estaría casado. No era un hombre enigmático. A lo mejor era su actitud diferente, su aire de extranjero, el que la tenía fascinada. Al darse cuenta de que divagaba, se concentró en lo que comía. Llevaba saliendo con Billy dos años y era lógico que al estar con otro hombre, un extraño, se sintiese inquieta. El hecho de que no trabajara para su padre la tranquilizó.

— ¿Ya ha decidido que día se va? — le preguntó de pronto.

— Claro que no, hay tiempo. ¿Por qué lo pregunta?

— Yo me vuelvo a Grecia a finales de la próxima semana — Louise no le permitió que

le sirviese más vino.

— ¡No creí que corriera tanta prisa!

— Debo ser franco con usted — murmuró.

— ¿No lo ha sido?

— No es eso lo que quería decir — era la primera vez que titubeaba — . Diplomático, esa es la palabra — aseguró.

— ¿En qué sentido?

— No se preocupe, señorita Conway . Su padre tenía la esperanza de que a usted le gustara escaparse de Inglaterra una temporada, hasta que se resigne a su pérdida. Sugirió que unas vacaciones a su lado le serían de gran provecho.

— Eso no es lo que me dijo ayer.

— No, era importantísimo que primero decidiera aceptar la invitación. No quise adornar la propuesta con detalles innecesarios.

Louise bebió vino. Las cosas se presentaban con demasiada rapidez. Se arrepentía de haber aceptado sin el apoyo de Billy, sobre todo al descubrir que Samson nunca pensó que fuera a negarse.

— Aunque quisiera, no podría. Tengo que avisar en la oficina para que encuentren a alguien que me sustituya.

— Yo me encargaré de eso — se reclinó en la silla y la observó en forma extraña — . Le garantizo que sus jefes tendrán una suplente en menos de cuarenta y ocho horas.

—

— ¡No habla en serio!

— ¿Por qué no? En Londres existen agencias capaces de proporcionar hasta «esclavas» para los grandes jeques del petróleo que añoran su país.

Louise se sintió derrotada. Por más que arguyera ella, él tendría soluciones para todo.

— No estoy segura — murmuró.

A partir de ese momento permanecían callados. Louise estaba ensimismada.

¿Cómo iba a irse tan pronto? ¿Qué diría Billy? ¿Qué razón lógica la apoyaría? ¿Cómo deseaba poder acudir a alguien para que la aconsejara. Fuera de la señora Boyer, nadie la animaría, ya que tanto Billy como sus padres la considerarían muy insensata. Estaba frente a una encrucijada y no sabía qué camino tomar.

— Sin desear ofender, señorita Conway , debo decirle que su expresión es muy reveladora — dijo después de pedir café y coñac — . Está indecisa, pero más que nada, no tiene valor para actuar como le dicta su conciencia.

— Usted sabe que es un grave problema.

— Sólo fabricado en su imaginación — murmuró antes de encender un puro y exhalar el agradable aroma — . En el fondo, desea ir, lo que me parece lógico.

Louise miró hacia la ventana, a través de la cual se divisaba la calle. Oxhamton no era un lugar agradable en ese día sombrío, con negros nubarrones cerniéndose sobre la iglesia de San Sebastián. Eso le hizo pensar en lo que debió pasar por la mente de su padre cuando su esposa decidió quedarse allí. Seguramente añoraba su tierra más cálida y llena de sol. ¿Habría aceptado los deseos de su mujer sólo para descubrir, más adelante, que ella no era perfecta? ¿Qué le habría impulsado a abandonar a su

esposa y a su hija? De ser el tirano sin sentimientos que le pintó su madre, ¿por qué continuó enviando dinero y por qué quería verla? Esas eran unas de las preguntas que la atormentaban y no se quedaría tranquila hasta que averiguara la verdad.

— ¿Acaso debe actuar uno sólo por instinto? El instinto es primitivo y nos consideramos gente civilizada — dijo. Samson se puso de pie. — Continuaremos hablando en el salón.

Louise se dio cuenta de que eran más de las dos.

— Debo irme. Tengo mucho trabajo en casa, me levanté tarde y no me dio tiempo para hacerlo antes de venir.

— Cene conmigo esta noche — sugirió de inmediato.

— Imposible. Prometí ir a casa de los padres de Billy, me esperan.

— Está bien, pero, por favor, piense en lo que hablamos. La llamaré a usted el lunes.

— Estaré trabajando — le recordó.

— Lo olvidé. Entonces, le llamaré el domingo por la tarde. ¿Tiene teléfono?

Louise le dio su número a regañadientes y salió del comedor antes que él. La detuvo en el vestíbulo.

— No hace falta que me acompañe.

— ¿No desea que la lleve a casa?

— No, gracias, imagínese lo que dirían los vecinos.

— No sea tan pueblerina, señorita Conway — comentó con dureza antes de dirigirse al ascensor.

Louise sintió como si le hubiesen arrojado un cubo de agua fría. Tendría que enfrentarse a Billy y sin la presencia de Samson Merritt, se sentía sin fuerzas para hacerlo. A lo mejor debió pedirle que la acompañara para convencer a Billy, pero habría sido una actitud cobarde y de poco tacto. Además, la fecha del viaje no tenía importancia, ya que Billy pondría objeciones de todos modos.

Cuando por la noche llegó a casa de sus futuros suegros, se sentía muy mal por no haberle contado a Billy sus planes. Sus padres la recibieron con la acostumbrada amabilidad. El señor Middleton era dueño de un pequeño, pero próspero taller mecánico y Billy trabajaba con él. Al retirarse de los negocios, Billy se haría cargo del taller y tenía planes para ampliarlo. El futuro les sonreía antes de que se le ocurriera escribir esa carta que cambió todo. No dejaba de pensar en ello mientras tomaba el café.

Louise suspiró y observó la sala. La casa estaba a espaldas del taller y cuando el señor Middleton se retirara, ellos se instalarían allí. Los padres de Billy comprarían una casita y todo eso pasaría a ser de ellos. Se sentiría mejor en ese momento si les hubiese confiado su problema.

De pronto Billy empezó a hablar de eso, dando su opinión antes de que Louise les pudiera explicar nada. La señora Middleton le miró preocupada.

— Louise, querida, no puedes irte ahora. Faltan sólo dos meses para la boda y ahora que te has quedado sola, a mi esposo y a mí nos gustaría ocuparnos de ti.

— No me imaginé que iba a suceder esto. Cuando le escribí a mi padre. Lo hice porque pensé que tenía derecho a enterarse — murmuró compungida.

La madre de Billy repitió lo que todos le habían dicho ya con respecto al poco interés de su padre.

— De todos modos iré & verlo — se mordió el labio — . ¡Iré a fines de la próxima semana!

— De modo que le dijiste a Merritt que irías — Billy se puso de pie enfurecido.

— Sí — Louise se llevó las manos a las mejillas.

— ¿Qué pasará con la boda? — preguntó muy serio el señor Middleton mientras encendía su pipa.

— No pienso quedarme allí mucho tiempo. Sólo unas cuantas semanas — suspiró.

— No me parece tan descabellado, Billy — murmuró su Padre.

— A mí sí — gritó Billy.

— ¡Tiene lógica! — Exclamó Louise , aprovechando el apoyo que le brindaba su futuro suegro — . Además, no puedo negarme.

— Piensa en Billy — intercaló su madre — , ¿Te gustaría que se fuese al Mediterráneo con otra mujer?

— ¡No cambien las cosas! El señor Merritt es pariente lejano de mi padre. No tiene nada más que ver en el asunto.

— ¿Quién es, a qué se dedica?

— Es bioquímico — Louise se bebió el café.

— ¡Un bioquímico! — Billy perdió los estribos — . ¿Qué es eso?

— No estoy muy segura, pero creo que tiene que ver con el estudio de los organismos vivos. De todos modos, creo que tenía que venir por negocios a Inglaterra y mi padre aprovechó el viaje para hacerle el encargo.

— Me parece que sus negocios son algo turbios. No me gusta, Louise . Una chica como tú no debe irse a una isla griega con un hombre a quien no conoce. ¡De estar casada con Billy no se te habría ocurrido la idea!

— Señora Middleton, se trata de mi padre. Samson Merritt intervino a petición de papá. La señora Middleton dio un resoplido y sin decir más, abandonó la habitación. Louise se sintió muy cansada. Las cosas se presentaban tal como le pronosticó Samson Merritt. Esperanzada, miró al señor Middleton, pero él se mostró indiferente a su ruego silencioso.

— Tengo que llamar a McGee, tiene que traerme unas tuercas — se puso de pie.

— Billy, me voy — anunció Louise — . No soporto más.

Se dirigió al vestíbulo para coger el abrigo y sin despedirse salió de la casa. Había recorrido unos cuantos metros cuando Billy la alcanzó con el coche.

— Sube.

— No.

— ¡Louise ! — insistió enfadado — . Anda, te llevaré a casa — Louise se volvió, titubeó y subió. Billy apagó el motor y la abrazó — . ¡Louise ! — murmuró enternecido besándola.

Al principio ella se resistió, pero luego le correspondió. Deseaba olvidar los problemas que la torturaban. Sus caricias eran tiernas y suaves y terminó por relajarse.

— Lo siento, Billy.

— También yo, y puesto que estás decidida a ir, no puedo permitir que te vayas sin repetirte que te quiero y que te necesito. Es la verdad.

Louise cogió el rostro de Billy entre las manos sintiendo que le traicionaba.

Billy era muy bueno.

— Me alegro, no deseaba irme enfadada contigo.

— ¿Te irás a la semana que viene?

— Sí.

— No me gusta, pero si es lo que quieres...

— Gracias, Billy.

— Maldito Samson Merritt — masculló él entre dientes.

## CAPÍTULO 4.

El puerto del Pireo estaba tranquilo a esa hora de la tarde. Durante unas cuantas horas la actividad intensa del puerto se calmaba y un caluroso y somnoliento manto cubría las embarcaciones ancladas. El cielo estaba despejado y la brillantez y las velas blancas contrastaba con el azul del mar y el cielo. La marea tranquila mecía los barcos y lamía el malecón de piedra.

Louise se pasó la mano por la nuca húmeda. Hizo bien en seguir el consejo de Samson y cambiarse cuando llegó al aeropuerto. Se había puesto un fresco vestido de algodón. Miró a Samson, quien caminaba a su lado. Se había quitado la chaqueta y la llevaba colgada del hombro. Parecía muy contento de estar en Grecia.

En cambio, para ella, el día había sido una maraña de impresiones conflictivas.

Desde que dejó Inglaterra, se sentía a la vez emocionada y sorprendida. Todo había sucedido con tanta rapidez que no podía ordenar sus pensamientos. Samson se había hecho cargo de su vida con tanta impersonalidad que no lo podía creer. Tan pronto como ella le comunicó que iría a Grecia, él se encargó de resolver todos los problemas.

La mujer que la sustituiría en la clínica, había empezado a trabajar tres días antes, y parecía inteligente y capaz. El doctor Barrett y sus socios no tendrían motivo de queja con el trabajo de Geralne Lay.

Los Middleton fueron más problemáticos. La madre de Billy no escuchó razones y aunque su padre sí alentaba su punto de vista, era lógico que apoyara a su esposa. Hubo momentos en que la joven deseó cancelar el viaje, pero el temor a enfrentarse a Samson Merritt se lo impidió.

Un coche les esperaba en el aeropuerto de Atenas para llevarles al Pireo. Louise se desilusionó al no poder conocer la capital, pero no se atrevió a mencionárselo a su compañero. Un barco la llevaría a Haukar. Pensar que pronto vería a su padre y a su segunda esposa, la estremecía al tiempo que le producía gran nerviosismo.

Louise miró interesada, a través de sus gafas de sol, las diferentes embarcaciones y deseó que fueran en una no demasiado pequeña. No soportaría el balanceo y no quería brindarle un espectáculo a Samson.

— Aquel es — indicó él de pronto — . Vamos a bordo. La acompañó antes de despedirme.

— ¿Va a dejarme? — preguntó Louise horrorizada — . ¡No puede abandonarme en este momento!

— ¿Por qué no? Mi deber consistía en traerla a Grecia. El barco la llevará a Haukar. Tengo poco tiempo, señorita Conway , mis ocupaciones me impiden acompañarla — con una seña le ordenó al conductor que le trajese las maletas de la joven — . El barco zarpará a la puesta del sol. Si se duerme, despertará al llegar a la isla.

Louise se sintió desvalida. Creía que él estaba a su servicio y que la acompañaría hasta el final del viaje. Bastante malo era ya encontrarse a punto de quedar abandonada en un país extraño, pero aún era peor pasar la noche despierta en un diminuto camarote, pensando en lo que le esperaba a la mañana siguiente.

— ¡Por favor! — Exclamó cogiéndole del brazo — . ¡No me abandone! — al darse cuenta de lo que hacía, le soltó.

Notó la expresión de Samson y se preguntó lo que estaría pensando. ¿Creería que quería detenerlo por motivos personales?

— No puede ser que la tranquila señorita Conway se ponga histérica — murmuró con los ojos entornados — . ¿De qué tiene miedo? Recuerde a qué vino.

— No se me ha olvidado — dijo tensa — . Siento haberle preocupado. ¡Por un momento me porté como una niña! — Samson la miró con una expresión extraña.

— No me preocupó — comentó con suavidad — . Me precipité y olvidé su problema. Hace mucho calor y será peor en el barco. ¿Qué le parece si vamos a un buen restaurante y nos tomamos una langosta? Debe estar hambrienta, son más de las cinco.

Louise estuvo a punto de decir que no podría probar bocado, pero cambió de opinión. Por tonto que pareciera, él era el único contacto que le quedaba en aquella tierra desconocida. Temía el momento en que se quedara sola. No estaba segura de salir airoso de la situación.

Un poco más tarde, sentada al lado de una ventana desde donde se dominaba el muelle, descubrió que estaba encantada comiéndose la deliciosa langosta. Se quedó observando el despertar paulatino del muelle al terminar la hora de la siesta. Ya estaba más tranquila y pensó que se había puesto nerviosa debido a la agitación del día. Nunca había salido de Inglaterra antes.

Pensó en la actitud inesperada de su tía. Creyó que sería la que más se opondría, pero no fue así. Samson debió convencerla y logró despejar el mayor obstáculo de su camino.

Miró a Samson. ¿Qué edad tendría? Le calculaba unos treinta y tantos años, más bien cuarenta. Era muy atractivo. Teñía el pelo rizado y negro. Su imagen no era el de un científico aunque su expresión era inteligente. Le hubiese gustado que trabajase con su padre o por lo menos que viviese en la isla.

— ¿Qué hará cuando yo me vaya? — preguntó titubeante.

Samson terminó el vino de su copa y continuó mirando el panorama azul y blanco del muelle. Siguiendo la dirección de su mirada, Louise pensó que se podría estar mirando aquella escena durante horas. Existía algo eterno que transmitía paz y tranquilidad. Los viejos que se apoyaban en las paredes de las casas, fumando pipas y hablando de política, tenían la misma mirada perdida que Samson Merritt.

— ¿Cuándo se haya ido? — repitió esforzándose por mirarla — . ¡Iré a mi casa y me daré una buena ducha!

— ¿Vive en Atenas?

— Trabajo aquí, pero tengo una villa en Haukar.

— ¡Qué fantástico! — abrió mucho los ojos, encantada.

— Dígame algo, señorita Conway . ¿Qué importancia tiene para usted dónde vivo?

— preguntó al verla tan animada.

— Pues está claro...

— No, no lo está — interrumpió — . Seré franco con usted, señorita Conway . Es usted una mujer muy bella y en otras circunstancias habría intentado llevar otro tipo de relación con usted. ¡Pero no acostumbro a intentar conquistar a mujeres comprometidas!

— ¿Qué diablos quiere decir? — volvió a ponerse nerviosa.

— ¿Qué cree? ¡Estoy seguro de que lo he dicho muy claro!

— Se equivoca, señor Merritt — replicó, ocultando el temblor de su voz.

— ¿Eso cree? — Se encogió de hombros — . Es posible. De todos modos no debería enfadarse, ¡después de todo sólo le he dicho un cumplido!

— ¿Al sugerir que se siente atraído por mí? — se puso de pie.

— ¿Por qué no? — la miró con indolencia.

— ¡Es usted el hombre más presuntuoso que he conocido nunca!

— Piense lo que quiera, pero le diré algo más...

— ¡No quiero oír nada más! — se tapó los oídos.

Samson se puso de pie y le apartó las manos.

— Le diré algo más — repitió — . Si vino a Grecia con intenciones de correr alguna aventura amorosa antes de casarse, ¡tenga cuidado! Los griegos no somos como los ingleses, no nos gusta hacer bromas con las mujeres.

— Su impresión en cuanto a mí es errónea — aseguró soltándose — . Quiero a mi novio.

— Muy bien — pronunció sus primeras palabras en griego — . No me incumbe lo que haga — le observó con detenimiento — . Me gustaría disponer de tiempo para descubrir si de veras cree lo que acaba de decir — murmuró y con un dedo le recorrió el brazo desnudo.

Louise le miró horrorizada, Samson volvía a ser un extraño que la miraba con desprecio.

— El tiempo no tiene importancia, señor Merritt. Usted no sale con mujeres comprometidas y yo no siento el menor interés por usted.

— Es usted muy joven e ingenua, señorita Conway — sonrió y le indicó que le precediera por la escalera que les llevaría al muelle.

Se dirigieron al barco en silencio. El conductor había llevados las dos maletas de Louise a cubierta y esperaba a Samson en el coche. En la pasarela de embarque, Samson se detuvo para saludar a los marineros.

— Llegó la hora de despedirnos.

— Así es — tartamudeó, deseosa de huir de esos ojos penetrantes — . Gracias por todo — Samson la miró impaciente.

Le cogió la mano y se la retuvo un momento.

— Ya que soy primo segundo de su padre, creo que puedo besarla — comentó divertido.

Inclinó la cabeza y la besó en el cuello.

Louise estaba preparada para esquivar el beso que pensó le daría en la boca, pero la

caricia inesperada le pareció cálida y perturbadora. Samson se apartó con lentitud y ella adivinó que se dio cuenta de su inquietud.

— Feliz retorno — murmuró inclinando la cabeza y se alejó.

Cuando se despertó a la mañana siguiente los motores ataban apagados. La luz pasaba a través del ojo de buey y olía a flores.

Impaciente, saltó de la litera y corrió a la ventanilla. La luz deslumbrante la cegó un momento. Divisó a lo lejos una playa. Sólo había un pequeño malecón y varias casas, protegidas por el alto risco, pintadas en tonos pastel. Más allá se veían muchos árboles. El colorido era extraordinario.

Se sorprendió de que nadie la hubiese despertado y se apresuró a lavarse. No tuvo que perder tiempo en vestirse, ya que durmió vestida. Subió a cubierta. Olvidó su preocupación ante la belleza que tenía ante sus ojos. Aspiró el aire salado y el aroma a café.

— Buenos días, señorita Conway — saludó el capitán, un hombre mayor, muy serio — . ¿Durmió bien? Es usted madrugadora — señaló su reloj.

Louise miró la hora y se sorprendió. Apenas eran las siete y media, con razón no la habían despertado.

— ¿Esta es la isla de Haukar? — señaló la isla. El capitán asintió. Sacó una pipa del bolsillo y se la colocó entre los dientes.

— ¿Su padre es Charles Conway ?

— Sí.

— El señor Conway es un hombre enfermo — dijo apesadumbrado en tanto encendía la pipa.

— Lo sé — Louise se aferró a la pasarela del barco — . ¿Le conoce?

— Un poco — respondió evadiendo la pregunta.

Luego le dijo algo a uno de sus hombres.

Louise se dedicó a admirar la belleza de la isla. Unos minutos después, el marinero regresó con una bandeja que contenía una jarra con café y dos tazas. El capitán le ofreció una y ella la aceptó gustosa. Saboreó el café y pensó en lo que le depararía ese día.

— ¿Desea ir a la playa? — Preguntó el capitán cuando terminaron de tomarse el café

— . Es posible que no la esperen tan temprano.

— ¿Puedo ir? — preguntó entusiasmada.

— Desde luego — el capitán se alejó para dar unas órdenes y unos minutos más tarde bajaron sus maletas a una lancha. Louise se despidió del capitán y se alejó.

En el malecón había redes, yates y lanchas. Al acercarse a tierra, Louise vio que había varias personas y se arrepintió de haber bajado tan temprano. El marinero la ayudó a desembarcar, bajó sus maletas y regresó al barco. Ella era la única pasajera que desembarcó en la isla. Dejó las maletas y caminó hasta el extremo del malecón, observando todo con interés. La gente la miraba con curiosidad, pero nadie le habló. Suspiró. Si nadie venía a buscarle, tendría que preguntar cómo llegar a casa de su padre.

Pero cuando intentó hacerlo, le respondieron con gestos negativos, nadie comprendía lo que decía. El dialecto que hablaban no se parecía en nada al griego que empezó a

estudiar tan pronto como tomó la decisión de viajar a Grecia. Seguro que la tomaban por una turista.

Guardó el diccionario griego de bolsillo. Vio algunas tiendas y tabernas que aún estaban cerradas. Nadie se ofreció a ayudarla. Angustiada, se sobresaltó al escuchar el ruido de un coche. Un Jeep apareció al dar la vuelta por la esquina y se detuvo. Un joven saltó del asiento y caminó hacia ella. Su figura le recordaba a alguien, pero no era posible, ya que no conocía a nadie allí.

— Usted debe ser Louise Conway — dijo en un inglés perfecto, sonriendo.

— Menos mal que ha venido, pensé que tendría que ir andando a casa de mi padre — exclamó tranquilizada.

— Es muy temprano, por eso no han venido a recibirla — comentó mirando a su alrededor.

— ¿Quiere decir que no vino a eso? — preguntó desilusionada.

— No se alarme, la llevaré, aunque no, no he venido a eso. Me llamo Ernest Merritt.

¡Merritt! Por supuesto, por eso le pareció conocido. ¡Era una copia más joven de Samson. Recordó que no sabía si Samson estaba casado. Por su actitud supuso que era soltero, pero este muchacho se parecía mucho a él. Podía ser su hijo. El corazón le dio un vuelco.

— ¿Es pariente de... Samson? — tartamudeó.

— Es mi hermano.

— Ah, ¿vive con él? — disimuló su alegría aparentando tranquilidad.

— No, vivo con mis padres en Delfos. De momento estoy de vacaciones y me alojo en casa de Samson. Le aseguro que disfrutará de su estancia, señorita Conway .

— ¿Sabía que vendría?

— Claro, Charles le pidió a Gracelyn que viniese a recibirla.

— Gracelyn — repitió Louise muy bajo — . Gracias a Dios que está usted aquí.

— ¿Dónde dejó sus maletas? — preguntó admirando su belleza.

Fue por ellas y las colocó en el Jeep. Louise le calculó unos dieciocho o diecinueve, sólo dos o tres años menor que ella, pero bastante más joven que Samson. También era muy guapo y, a juzgar por la forma en que la miraba, la consideraba atractiva. Sonrió al recordar que por fortuna estaba comprometida con Billy. De lo contrario se metería en bastantes problemas. Sin querer recordó las facciones de Samson y se estremeció. No tendría importancia coquetear con Ernest, pero hacerlo con Samson sería otra cosa.

Por primera vez en su vida sintió una libertad desconocida. Durante años, su madre dirigió su vida, escogiendo sus estudios, sus amigos, y hasta cierto punto, a su novio. Su madre le habría aconsejado no flirtear con nadie. Pero allí, en esa isla llena de color y sensualidad, era difícil ser demasiado serio. ¿Sería de eso de lo que la previno Samson el día anterior?

Ernest la ayudó a subir al Jeep. Dejaron atrás las casas y las tiendas y subieron una empinada cuesta que bordeaba la montaña cubierta de matorrales en flor. Pasaron por un bosque de aromáticos pinos y por un lago y Ernest le informó que a menudo iba a bañarse allí. Empezaron a descender y recorrieron una playa rocosa que desembocaba en una caleta estrecha. En lo alto, se erguía una villa rodeada de flores y árboles.

— La Villa Muskito — anunció Ernest deteniendo el coche a un lado de la fachada — . Vamos, la presentaré.

Aunque tranquila, Louise no tenía muchas ganas de entrar; la compañía de Ernest le daba un apoyo moral, pero hubiese preferido estar sola. Le siguió por el jardín y los macizos de flores, por el patio de mosaico hasta llegar a un fresco vestíbulo. Todas las puertas estaban abiertas y se percibía el delicioso aroma de pan recién hecho. Una jovencita apareció en el momento en que entraron.

— ¡Ernest! — exclamó contenta ,pero al ver a Louise enmudeció.

Louise observó primero a Ernest y luego a la chica, que seguro que era Gracelyn. Era delgada y morena y tenía unos ojos oscuros muy brillantes. Llevaba una túnica de algodón roja y un cinturón de cadena le ceñía la esbelta cintura. La expresión de su rostro no era muy acogedora.

— Gracelyn, habla en inglés. Te presento a Louise , tu hermanastra.

— ¿La trajiste del muelle? — preguntó en inglés.

— Así fue. ¿Puedo llamarte Louise ? — ella asintió — . Louise desembarcó más temprano de lo esperado.

— Hola, ¿cómo estás?

— Muy bien, gracias, estaba deseando conocerte — sonrió.

— ¿De veras? — parecía aburrida — Ven, te presentaré a mi madre. ¿Te quedarás, Ernest? — su tono fue más amistoso.

— No — repuso después de cruzar una mirada conspiradora con Louise quien intuyó que se había ganado un aliado — , Tengo que irme, vendré más tarde.

Gracelyn pareció enfadarse y Louise se preguntó cuál sería el motivo. No empezaban bien las cosas. Si Sarah Conway mostraba tanto antagonismo como su hija, el tiempo en la isla se le haría interminable.

Atravesaron una sencilla y cómoda sala, salpicada de pieles a modo de alfombras sobre el brillante suelo, y el comedor. La cocina flanqueaba las dos habitaciones. Sarah estaba preparando el desayuno de su esposo. La mujer se volvió y Louise observó que Gracelyn era su vivo retrato.

— ¡Eres Louise , ¿verdad?! — Miró el reloj — . ¿Me habré equivocado en la hora? — inquirió preocupada.

— De ninguna manera. Lamento haber llegado tan temprano, pero me desperté temprano y no quise esperar. — Sarah Conway sonrió amable.

Dejó la bandeja que tenía en las manos y se acercó con la mano extendida.

— Me alegra conocerte, Louise . Bienvenida. Charles no ha hablado de otra cosa en estos últimos días. Se alegrará al verte.

— Estoy encantada de estar aquí — su desasosiego se desvaneció ante el recibimiento — . ¡Todo es tan... hermoso!

— Me alegro que te guste, nosotros pensamos lo mismo — retornó a sus ocupaciones

— . Cuando Charles , tu padre, descubrió que su salud se deterioraba, nos vinimos aquí. Antes sólo veníamos los fines de semana. Vivíamos en Atenas.

— ¿Qué impresión te causó Ernest, Louise ? ¿Sabes que es hermano de Samson?

— Sí, me lo dijo — se mordió el labio — . El señor Merritt fue muy amable.

— ¿Samson? — Sarah la miró pensativa — . Sí, cuando quiere puede ser amable. Es un buen amigo. Vamos, no hagamos esperar a Charles . Si oyó el motor del Jeep estará impaciente.

Louise titubeó antes de seguir a Sarah hasta la puerta por donde había entrado con Ernest. Sarah entró en una habitación a la derecha del vestíbulo.

— Entra, querida. Creo que el encuentro entre padre e hija debe ser privado.

Louise le agradeció su gentileza y entró a la alcoba llena de luz. Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par, y a través de ellos se veía la playa. La habitación estaba equipada con los mayores adelantos para facilitarle la vida al hombre que se pasaba la mitad del tiempo sentado en una silla de ruedas. Sin embargo, Louise no notó nada de eso, no podía apartar los ojos del hombre sentado en la cama, leyendo una revista. Charles Conway distaba mucho de ser el hombre que fue. Había perdido peso y estaba demacrado. Louise sintió pena de él. De pronto Charles le indicó que se acercara a la cama.

— ¡Louise ! — exclamó débil — . ¡Louise ! La última vez que te vi eras una niñita de dos años, de cabello largo y ojos violeta. Ahora eres toda una belleza. Ven, siéntate a mi lado, permite que te vea bien. He soñado con este momento — su voz daba testimonio de un gran sufrimiento.

Louise , emocionada, no pudo hablar. Se sentó en la cama y permitió que le cogiera las manos entre los dedos huesudos. Él la observó con detenimiento.

— Louise — murmuró incrédulo — . Louise .

— Me alegro de haber venido — murmuró a pesar del nudo que tenía en la garganta. Él suspiró.

— Sabía que sólo Samson podría convencerte. No quería ilusionarme con tu llegada. Pero Louise no quería pensar en Samson en ese momento, sólo en su padre.

## CAPÍTULO 5.

Cuando Sarah entró con la bandeja del desayuno en la habitación, Louise estaba hablando tranquila con su padre. Él le había preguntado acerca de su vida en Inglaterra, sus intereses, su trabajo; no habían mencionado a su madre, pero sabían que tendrían que hacerlo. Louise le describió los cambios que se operaron en Oxhamton con el paso de los años, le habló de su relación con Billy y de su próximo matrimonio.

— ¿Qué te parece tu hija, Charles? — inquirió Sarah mirando con cariño a su esposo.

— Me importa más tu opinión — aseguró cogiéndole la mano con afecto.

— Es preciosa — admitió después de observarla de nuevo — , Se nota que es tu hija, Charles.

Charles sonrió complacido.

— Lo mismo pienso yo. Louise , no debes molestarte por esta conversación. Sarah sabe lo que significaba para mí verte.

— Son tan amables, que no sé qué decir.

— Ya no estás sola. Fuiste hija única, igual que Gracelyn, pero de hoy en adelante será distinto.

Louise no hizo ningún comentario. La forma en que Gracelyn la recibió no le agradó, pero no pensaba echarle a perder a su padre la alegría que sentía en ese momento. Sonrió y salió de la habitación cuando Sarah sugirió que su padre debía desayunar solo. Era evidente que se cansaba con facilidad y que necesitaba reposar. Le prometió que regresaría más tarde.

Desayunó con Sarah, quien fue muy amable y comprensiva; Gracelyn se mostraba petulante. Comprendía que la jovencita tenía celos, pero eso no era motivo para que la mirara con tanto disgusto. Al terminar de desayunar, Sarah la llevó a conocer la villa. Ellos vivían en la planta baja y la servidumbre se alojaba en el segundo piso. De esa manera, su padre se desplazaba con facilidad en la silla de ruedas.

Louise ocupó una habitación con cuarto de baño y con una magnífica vista a la cala. Ansiaba darse una ducha, pero Sarah le pidió a Paisley que deshiciese las maletas mientras ellas iban a la sala a tomar café con bollos. Gracelyn se fue diciendo que tenía cosas que hacer.

— Debo explicarte la enfermedad de tu padre — murmuró Sarah al quedarse solas.

— ¿Sí? — Louise se tomó el café y dejó la taza en el plato.

— Samson debe haberte puesto en antecedentes, ¿no?

— En efecto, el señor Merritt me informó que a mi padre le queda poco tiempo de vida — tenía la boca reseca.

— Lo cual es cierto — suspiró — . Los especialistas piensan que, con suerte, vivirá hasta el otoño.

— ¡Qué pena!

— Todos pensamos lo mismo, pero Charles trabajó demasiado durante muchos años. ¿Qué sabes de tu familia?

— Nada.

— ¿Sabías que sus padres eran muy ricos?

— Eso tenía entendido. Se dedicaban al comercio, ¿verdad?

— Sí. El padre de Charles era banquero, pero, por desgracia, tanto él como su madre, murieron en un accidente aéreo hace unos veinte años. ¿Lo sabías?

— No, eso sería justo cuando...

— Sí, eso causó la ruptura final, ¿lo sabías?

— No.

— Comprendo — la miró con lástima — . Tu madre se cuidó de que no te enterases de cosas que te pusieran en contra suya. Sin embargo, ella criticó a tu padre — suspiró — . Lo lamento, no debería hablar de tu madre tan pronto, cuando acaba de fallecer.

— Continúe hablando de mi padre — logró murmurar.

— Al morir sus padres, asumió la dirección de la compañía. Era demasiado trabajo, pero él nunca delegó ni rechazó responsabilidades. Al contrario, luchó contra su estado de salud hasta que no pudo más.

— ¿Y la compañía?

— Pasó a otras manos... gracias a Dios. Charles se mantuvo ligado a ella algún tiempo, pero ahora... ¡se desligó por completo!

— Debe haber sido difícil para usted — se animó a decir.

— Sí, y también para Gracelyn. Hasta hace tres meses, cuando cumplió los dieciocho años, estaba interna en un colegio en Atenas. Es lógico que se sienta recluida. Por supuesto, será diferente cuando se case, pero su padre insiste en que espere un poco. Por el momento no tiene nada que hacer.

— ¿Está comprometida?

— Sí, con Ernest, el joven que te trajo.

— Entiendo — Louise empezaba a comprender varias cosas, entre ellas la hostilidad que le mostró la jovencita. Estaba celosa

— Samson nos informó que tú también estás comprometida — dijo Sarah

— Sí, con un chico llamado Billy Middleton. Su padre es dueño de un taller mecánico y Billy trabaja con él. Cuando su padre se retire de los negocios, él se hará cargo.

— Estupendo. ¿Te gusta Inglaterra?

— Es mi patria — respondió con simplicidad.

— ¿Has salido de ella antes de ahora?

— No, mamá... — estuvo a punto de decir que su madre nunca le permitió ese tipo de independencia y que a ella nunca le apeteció demasiado viajar al extranjero, por eso cambió de tema — . ¿Se puede bañar uno aquí?

Sarah bajó los pies del diván donde reposaba y se acercó a la ventana.

— Sí, pero al lado de las rocas hay que tener cuidado, las corrientes son peligrosas. Louise nunca había visto un sitio tan hermoso. Sarah apagó el cigarrillo. Ahora que la

miraba con más calma, se daba cuenta de que era más joven de lo que creía. Tendría unos treinta y ocho o treinta y nueve años y todavía era muy guapa. Al comparar su exuberancia juvenil con la actitud conservadora de su madre, esta última salía perdiendo.

Más tarde, cuando Sarah fue a encargarse de la comida, Louise salió al jardín. Llevaba una túnica de lino blanco que dejaba ver la palidez de sus piernas. Decidió tomar el sol lo más posible. Bajó a la playa. Se acercó al agua y se sorprendió de lo tibia que estaba. Si su padre podía salir de la casa, daría con él largos paseos. Contaba con muy poco tiempo para recobrar lo perdido.

Gracelyn no se presentó a comer, así que Sarah le permitió a Louise que comiera con su padre, quien parecía descansado. Louise se animó a preguntarle a Sarah si podía sacarle a pasear, pero la mujer se negó.

— Sería terrible si le da un ataque fuera de la casa — explicó con gentileza — . Pero, con toda franqueza, creo que debes pasar todo el tiempo posible con tu padre.

— Dispongo de tan sólo dos semanas — le recordó Louise

— Lástima. Sé que Charles tiene esperanzas de que te quedes más tiempo.

— ¿Lo dice en serio?

— Claro, ¿crees que es posible que sea de otro modo después de que se le negó verte durante veinte años?

— Lo comprendo, pero no es fácil para mí — suspiró.

— Ya lo sé y creo que estoy apresurando demasiado las cosas. Acabas de llegar y ya estoy yo tratando de persuadirte de que te quedes más tiempo. Lo siento. Vamos a ver si Charles está bien, si es así iremos a Benku.

— ¿Benku?

— El pueblo donde desembarcaste — explicó Sarah — . No permitiré que te aburras.

Fue muy agradable salir con Sarah, quien se mostraba jovial y amable.

Gracelyn regresó con Ernest y se pasó horas en su habitación arreglándose para la cena. Louise, que se duchó y cambió con rapidez, entró a la sala mucho antes que su hermanastra. Ernest estaba hojeando una revista y al verla se puso de pie sonriendo.

— Hola, ¿qué tal tu primer día?

— Muy bien. Esta mañana me bañé en el mar. Por la tarde, Sarah me llevó a Benku. Pero lo más emocionante fue ver a mi padre. Y tú, ¿qué hiciste?

— Gracelyn y yo pasamos casi todo el día tomando el sol. Primero nadamos un poco. A propósito, ¿sabes bucear?

— No. Es la primera vez que salgo de Inglaterra, pero dime... — titubeó — . ¿Dónde aprendisteis tu hermano y tú a hablar tan bien inglés?

— La respuesta es sencilla. Samson y yo nos educamos en Inglaterra. Hice allí el bachillerato. Samson estudió aquí y luego ingresó en Cambridge.

— ¿También tú fuiste a Cambridge?

— No, no me gusta estudiar, soy más feliz navegando, pescando o nadando. Samson... es diferente. Siempre le atrajo la química. Mamá me contó que cuando era un crío disecaba cuanto animal encontraba. ¡Qué ocupación tan desagradable!

Louise sonrió.

— Os lleváis muchos años, ¿no?

— Sí, él tiene treinta y nueve, casi cuarenta; yo sólo tengo veinte.

— ¿Tienes más hermanos? — se animó a preguntar.

— Cuatro hermanas. Samson y yo somos los únicos hombres. Él fue el primer varón y yo el último. ¿Puedo ofrecerte algo de beber? Me siento como en mi casa aquí.

— Lo sé. Me dijeron que eres novio de Gracelyn.

— ¿Te lo dijo Sarah?

— Sí, — Louise le acompañó al bar.

Le pidió un vodka con limón. Con el vaso en la mano se sentó en un sofá y pensó que esa vida era muy diferente a la que llevaba ella en su casa. Antes de la muerte de su madre, solía regresar rápidamente del trabajo para preparar la cena antes de que volviese su madre. Después de cenar, se recogía la cocina, veían algún programa en la televisión y recibía la acostumbrada visita de Billy.

— ¿Por qué no te has casado, Louise? — preguntó con naturalidad, sentado a su lado. Louise se ruborizó.

— Me casaré dentro de dos meses.

— ¡Qué tono de cabello tan bonito! — murmuró acariciando un mechón de su cabellera.

Desconcertada, Louise le miró fijamente. De pronto una voz enfadada les sobresaltó al gritar algo en el dialecto de la isla. Gracelyn entró a la habitación furiosa.

Imperturbable, Ernest se puso de pie.

— Inglés, Gracelyn, ¿recuerdas?

— ¿Qué pasa aquí? — gritó — . ¿Esperas que me quede tranquila mientras te comes con los ojos a esa inglesa intrusa? — su acento era muy marcado, pero Louise comprendió muy bien.

— Gracelyn, no interpretes mal las cosas. Tu novio y yo sólo estábamos hablando.

— No soy posesión tuya para que me trates así — dijo Ernest con severidad — .

¿Cómo te atreves a hablarle así a una invitada de tu padre? ¡No olvides que Louise es tan hija de tu padre como tú!

— ¡Sí, me perteneces! — gritó — . Y lo que es más, ¡diré lo que quiera en mi casa!

— ¡Gracelyn, Gracelyn! ¿Qué pasa? — Sarah entró — , ¿Qué sucede? Tu padre está dormido, ¿es que no te preocupa su bienestar?

— ¡Cómo deseo que papá no hubiese llamado a esta inglesa! — gritó — . ¡Ella y Ernest estaban flirteando!

— Cállate — exclamó Sarah impaciente — . ¡Qué maneras de hablar, Gracelyn!

¡Louise está comprometida con un joven inglés, lo sabes!

— ¡También sé que los ingleses son fríos y poco incitantes! — replicó refunfuñando.

— Vamos, Gracelyn — arguyó Sarah más calmada al ver que Louise le sonreía — .

Seamos civilizadas. ¡Louise va a pensar que Grecia es el país de las disputas!

La expresión de Gracelyn no cambió, pero se acercó a su novio, lo tomó del brazo y colocó la cabeza en su hombro como si fuese un animal ofendido.

— Está bien, lamento haber sido grosera.

Al subir a su habitación, después de darle las buenas noches a su padre, Louise mantuvo la vista fija en el firmamento salpicado de estrellas. Nunca había visto una noche igual ni aspirado el exquisito aroma de miles de flores. Había buganvillas entre infinidad de variedades desconocidas y podía tocarlas desde su ventana. Todo le parecía irreal y exótico, no acababa de creerse que hacía tan sólo unas horas que había abandonado Inglaterra.

Se acostó. ¡Qué frágil y viejo parecía su padre! Sin embargo, de no ser por su enfermedad, ella no estaría en Haukar. Nada ni nadie la habría convencido de visitar a un hombre que gozara de buena salud. La actitud de Gracelyn le hizo suspirar. De estar ella en su lugar, ¿se habría portado así? Todo era posible.

A pesar del día tan agitado, tardó mucho en conciliar el sueño y su último pensamiento fue para Samson.

Louise se fue aclimatando a la vida tranquila en la villa. Pasaba los días hablando con su padre, acompañando a Sarah por los alrededores de la isla y tomando todo el sol que podía. Nadaba a diario, por lo general sola, aunque Sarah la acompañó en una ocasión. Veía poco a Gracelyn y Sarah le explicó que Ernest estaba en casa de su hermano para que pudiesen verse.

Su padre pareció mejorar a partir de su llegada. Casi todas las mañanas se vestía para salir al patio, en la silla de ruedas. Su ayudante, que había estado de vacaciones, se encargaba de algunas tareas que Sarah tuvo que hacer durante su ausencia. Charles no estaba del todo indefenso, pero no debía excederse, ya que se cansaba con mucha facilidad. Kayden, un hombre agradable, no les estorbaba mientras hablaban, pero tan pronto notaba que el señor parecía cansado, le indicaba a Louise que le dejara solo.

Louise le escribió a Billy el mismo día de su llegada, diciéndole que estaba bien y describiéndole los alrededores con todo detalle. No hizo mayores comentarios con respecto a su padre porque era algo demasiado personal.

Los días transcurrían en paz y Louise se dio cuenta de que sería muy fácil seguir esa rutina indolente. El tiempo no tenía significado. Los días se convertían en un tapiz de amanecer, mediodía y anochecer. Tanto Charles como Louise sabían que tendrían que pensar en la separación, pero ninguno tocaba el tema. Era una decisión tan dura como la de hacer el viaje.

A finales de la primera semana, Gracelyn cogió una infección en la garganta que la obligó a guardar cama. Cuando Ernest fue por ella, como de costumbre, subió a verla. Al terminar la visita, Sarah estaba en la cocina y Louise recogía el servicio de la mesa.

— Hola, ¿estás ocupada? — le preguntó Ernest.

— No, en realidad sólo ayudo a Paisley.

— Acompáñeme — la invitó.

— ¡Bromeas!

— Hablo en serio. Gracelyn está enferma y desde que llegaste has salido poco.

— Vine a acompañar a mi padre — le recordó Louise .

— ¿De qué habláis? — Se escuchó el chirrido de ruedas sobre el suelo — . Hola, Ernest, me alegra verte.

— Invitaba a Louise a pasar el día conmigo — explicó después de saludarle — .

¡Tiene miedo de aceptar!

— ¿Temes salir con Ernest?

— No es miedo — replicó impaciente — . Gracelyn está enferma, ¿qué pensará si acepto salir con su novio? — Charles miró a su enfermero, Kayden, y la preguntó riendo:

— ¿Qué crees que pensará, Kayden?

— No le gustaría — respondió muy serio.

— Cierto, pero Gracelyn es una chiquilla mimada y tal vez le venga bien saber que no puede dirigir a la gente.

— ¿Qué pasa? — preguntó Sarah saliendo de la cocina. Charles le explicó la situación

— . Estoy de acuerdo con Louise . No sería justo para Gracelyn... — murmuró preocupada.

— ¡Ya basta de Gracelyn! — Interrumpió Charles — . Louise ha estado encerrada aquí desde que llegó, necesita salir con alguien más joven.

— Vine a estar contigo... — empezó Louise .

— No me moriré hoy. Vete con Ernest, y diviértete. Jovencito, cuídala.

Ernest asintió y Louise le miró indecisa. Su padre y el joven deseaban que aceptara; Sarah y, por supuesto, Gracelyn pensaban que debía rechazar.

— No te lo pregunto, Louise , te digo que vayas — ordenó Charles .

— De acuerdo — aceptó poco entusiasmada.

— Hasta luego, a tu regreso me contarás cómo pasaste el día.

El sol daba de lleno en el Jeep, así es que Ernest colocó una esterilla sobre el asiento para que Louise no se quemara.

— ¡No demuestres tanto entusiasmo! — dijo en broma — Gracelyn puede estar observándonos desde la ventana de su habitación.

Se alejaron de la casa rumbo al interior de la isla. El paisaje era precioso. El aire olía a pino y a sal.

— ¿Dónde vamos? — preguntó Louise .

— ¿Me has perdonado? — se volvió a mirarla.

— No seas tonto — replicó.

— De acuerdo, vamos a casa de Samson.

— ¿Será sensato hacerlo? — preguntó.

— No te alarmes, no estaremos solos. El ama de llaves de mi hermano se encuentra allí. Si eso te preocupa, ella nos cuidará.

— No interpretes mal las cosas. No tengo miedo, pero a lo mejor a tu hermano no le gusta.

— Gracelyn pasa muchas horas allí.

— Gracelyn es tu novia.

— Es hija de Charles , igual que tú.

— Está bien — se encogió de hombros, ya que no quería discutir.

Empezaron a descender entre los olivares y los pinos y Louise no tardó en vislumbrar la casa de Samson. Era muy diferente a la de su padre. Estaba hecha de madera y sólo tenía un piso. Una terraza la rodeaba. Cuando Ernest se detuvo al pie de la

escalera de la terraza y la invitó a pasar, entró con bastante curiosidad. No se decepcionó.

El vestíbulo daba a una gigantesca sala que se extendía a lo largo de la casa. En la gran chimenea de piedra se podría asar una res entera. Los grandes ventanales permitían la entrada de la luz y todo era lujoso sin ser ostentoso. El suelo era de madera e igual que en casa de su padre, había varias alfombras sobre él. Los muebles no eran modernos, pero eran cómodos y parecían muy usados. A cada lado de la chimenea había un sillón y las cortinas eran de terciopelo rojo, atadas con cordones verdes. Las estanterías que flanqueaban la chimenea contenían obras literarias y algunos libros de texto. Todo daba la impresión de gran espacio. Louise se imaginó la sala en una noche fría, con fuego en la chimenea, las cortinas corridas y cenando en la gran mesa de nogal.

— ¿Te gusta? — preguntó Ernest que la observaba.

— ¿A quién no le gustaría? ¡Hay tanto espacio!

— Samson no se sentiría a gusto en una villa tan pequeña como la de Charles . Seguro que las has comparado. Deberías ver su piso de Atenas. Es enorme y da al Partenón.

— Me habría encantado conocer Atenas — murmuró — . Tú debes conocerla bien.

— Así es. Vamos... estamos perdiendo el tiempo. Vamos a nadar antes de que el sol caliente demasiado.

— No he traído el traje de baño — exclamó desilusionada.

— No importa, Gracelyn ha dejado varios aquí. Rose sabrá dónde encontrar alguno.

— Pero yo... — Ernest se fue y Louise se quedó explorando la habitación.

Ernest regresó con un bikini rojo.

— ¡No puedo ponerme esto! — murmuró ruborizada — . ¡Nunca me puse algo tan pequeño!

— Pues empieza a hacerlo, no tiene nada de malo y supongo que quieres broncearte.

Louise titubeó, pero decidió que era inútil protestar. No tenía por qué portarse como una mojigata. Ernest le indicó el baño para que se cambiara. Al salir, Ernest no hizo comentario alguno y ella se tranquilizó.

La arena les quemaba los pies, pero en el agua la joven olvidó su timidez. Nadó y disfrutó de la compañía de Ernest. Al salir se tendieron en la arena.

Durante un buen rato Ernest se quedó quieto, luego giró y se quedó de costado. La observó con tanta intensidad que Louise se puso nerviosa. El joven le caía bien, pero no tenía intenciones de coquetear con él.

— Lástima que te tapes los ojos — comentó quitándole las gafas — . ¡Son preciosos!

Louise le arrebató las gafas, pero no se las puso.

— ¡Ernest! — le advirtió — . No soy Gracelyn. ¡Y no deseo darle motivos para que se ponga celosa!

— Eres mucho más excitante que Gracelyn — murmuró tocándole el brazo — . ¡Eres una diosa de ojos violeta y cabello dorado llegada del Olimpo para hechizarme!

Louise estaba atónita. De haber escuchado esas palabras en boca de otra persona, habría Considerado que eran trilladas y artificiales, pero en él la sorprendieron.

— Por favor — Louise se sentó y se puso las gafas.

De pronto una sombra les cubrió. Ella alzó la vista y su corazón empezó a latir acelerado.

— Muy bonito — comentó Samson Merritt burlón.

A su hermano le dio una patada en las costillas.

— ¿Qué es lo que está sucediendo aquí?

## CAPÍTULO 6.

Ya en la casa, Louise entró al cuarto de baño y se puso su ropa. Tenía mucho calor y le apetecía darse una ducha, pero la llegada de Samson le había puesto nerviosa y decidió esperar a llegar a la villa para dársela. Se pasó el peine por el cabello húmedo y salió sintiéndose molesta y cohibida.

Llegó a la puerta de la sala y se detuvo para buscar a Ernest. Sólo Samson estaba presente, sentado en uno de los sillones, con un vaso lleno de un líquido ámbar.

Descansaba una de sus piernas en una mesita y parecía estar tranquilo. Louise se estremeció y deseó con toda su alma que su padre no la hubiese obligado a aceptar la invitación.

— ¿Dónde... dónde está Ernest? — murmuró por fin.

— Mi hermanito recordó que tenía otras ocupaciones — dijo poniéndose de pie a regañadientes.

— Comprendo. ¿Cómo regresaré a casa de mi padre?

— La llevaré, pero más tarde — se encogió de hombros. Louise seguía parada en el umbral de la puerta — . ¡Entre, por Dios! No la voy a morder.

— Si no le molesta, me gustaría regresar en este momento — recalcó decidida.

— Me molesta — replicó — . ¿Puedo ofrecerle alguna bebida antes de comer?

— Señor Merritt, tiene tantas ganas de comer conmigo como las que tengo yo de hacerlo con usted... — suspiró.

— Se equivoca, señorita Conway — respondió burlón.

Louise apretó los labios. Ese hombre la enfurecía.

— Su comportamiento es despreciable — le dijo.

— Hace media hora no estaban tan deseosa de partir.

— ¿Qué pretende insinuar con eso?

— Creo que conoce la respuesta — acarició el borde del vaso.

— ¿Cree que estaba coqueteando con su hermano?

— Lo cual negará usted — vio que se ponía roja.

— Por supuesto... De hecho...

— Ahorre las explicaciones — interrumpió aburrido — . No merece la pena discutir. ¿Qué quiere tomar?

Louise pensó que más le valía resignarse, ya que Samson haría lo que le diera la gana, a pesar de lo que ella dijese.

Al ver que no contestaba, Samson cogió un vaso y le sirvió, limón granizado, agregándole unas gotas de ginebra. Se acercó y se lo entregó. Louise deseó que se alejara porque su cercanía la inquietaba, aunque no debió preocuparse, ya que Samson se disculpó para ir a bañarse. ¿Dónde estaría Ernest? ¿Qué ocupaciones

tendría?

¿Qué le había dicho Samson para que se fuera? Estaba segura de que a Samson no le gustó hallarla en compañía de su hermano. ¿Por qué? ¿Quién diablos creía que era?

Samson regresó al cabo de un rato. Llevaba unos pantalones blancos y una camisa azul marino desabrochada. La miró retador y ella se preguntó por qué siempre la confundía. Después de todo, estaba acostumbrada a tratar con los hombres, trabajaba para ellos y conocía a varios más guapos que él. Sin embargo, la atracción que sentía por Samson no se basaba sólo en su apariencia física, existía algo más. Tal vez era su piel oscura y la rudeza con que la trataba. No lo sabía.

— Le pedí a Rose que sirviera la comida en la terraza — comentó — . Pensé que le gustaría más.

Louise no contestó y se concentró en su vaso medio vacío. No sabía qué decir y no quería parecer sumisa.

— Vamos, señorita Conway , no va a estarse callada todo el tiempo que estemos juntos — se burló.

Ella suspiró mirándole.

— ¿Le gusta mi casa? — preguntó indiferente.

— Es muy bonita — respondió resignada.

— ¡Qué entusiasmo! ¡Cuidado, mi ego puede inflamarse de orgullo!

Louise reprimió una sonrisa. Era evidente que él trataba de incitarla a reaccionar, pero ella no permitiría que la engatusara con tanta facilidad. Se terminó el limón y se levantó para dejar el vaso en la bandeja, pero Samson la interceptó. Louise se estremeció ante su actitud incomprensible.

— ¿Qué trata de probar? — preguntó cortés.

— No trato de probar nada, señor Merritt. ¡Cómo quiere que me muestre entusiasmada cuando casi me obliga a comer con usted! No existe nada entre Ernest y yo. Vine a instancias de mi padre. Si reteniéndome aquí piensa probar algo, se llevará una gran desilusión.

— No tiene la menor idea de por qué la retengo — respondió con ojos entornados — . Le diré algo respecto a mi hermano. Me atrevo a suponer que lo conozco mejor que usted y sé que tiene debilidad por las chicas bonitas. Gracelyn también lo sabe y eso me hace suponer que tanto ella como Sarah se opusieron a que aceptara la invitación de mi hermano.

— ¿Disfruta humillándome, verdad? — gritó sonrojada — . Es posible que sea como usted dice, pero, ¡no soy responsable de las acciones de su hermano!

— De acuerdo. Acepto que su padre tuvo razón al decir que necesitaba salir de casa.

— ¿Quién se lo dijo?

— Ernest estaba igual de ansioso por explicar la situación — repuso severo — .

¿Comemos?

— Muy bien — asintió enfadada.

Mientras comían, Samson intentó tranquilizarla y lo logró en cierta medida. Era un hombre interesante que conocía bien su país y las leyendas helénicas. Louise había estudiado un poco de mitología griega en el colegio y escuchó los relatos, embelesada.

— Mis padres viven en Delfos — le informó sirviéndose otra taza de café — . Está a unos ciento sesenta kilómetros de Atenas y los templos de Apolo y Atenea atraen a los turistas.

Louise apoyó la barbilla en las manos y colocó los codos sobre la mesa. La terraza estaba en sombra, pero en el jardín el sol lanzaba sus candentes rayos.

— Grecia es un país de contrastes. ¡Hay tanto que ver y hacer! El tiempo deja de tener importancia.

— Tal vez sea porque su historia es tan amplia que el tiempo se funde en la eternidad — murmuró Samson mientras estudiaba la expresión ensoñadora de su compañera — . De todos modos, parece que se alegra de estar aquí.

— Desde luego — admitió cautelosa — . Valió la pena conocer a mi padre. ¡Lástima que las cosas no hayan sido distintas!

— ¿Se refiere a su madre, o a su vida en Inglaterra?

— Un poco a las dos cosas. Mi madre no habría soportado este clima, pero todo eso pertenece al pasado. Venir aquí me ayudó a olvidar que la muerte es inevitable. Tal vez soy tonta al hablar así cuando papá se encuentra tan enfermo, pero él hace uno se olvide de su situación. Pasó mucho tiempo hablando con él, tenemos mucho en común. Nunca da lugar a que uno sienta lástima por él.

— No desea la piedad de nadie — aseguró Samson — . ¿Lo notó, verdad?

— Sí — asintió con lentitud — . ¡Ojalá hubiera algo que pudiésemos hacer!

— Es imposible — se puso de pie — . ¿Le gustaría dar un paseo en coche? Si le interesa conocer ruinas, visitaremos las que hay aquí.

— ¿No duerme la siesta?

— ¿Le parece que la necesito?

— No — se ruborizó.

— Entonces, vamos. ¿Desea lavarse las manos antes de irse?

— Estoy lista, si usted lo está.

— ¡Perfecto! — Bajó las escaleras de la terraza — . Vamos, mi coche está bajo la sombra de un árbol, a espaldas de la casa.

Louise admiró la vista. A pesar de los cristales oscuros de sus gafas, la luz era cegadora y el aire tan transparente como el cristal. El coche de Samson era un descapotable y la brisa les refrescaba.

Abandonaron la carretera de la costa y subieron a las montañas del otro lado de la isla. Louise podía ver, a través de los árboles, el mar azul y tranquilo.

Finalmente, cogieron un camino cubierto de hierba hasta llegar a un claro donde aparecieron las columnas de algún viejo templo. Samson apagó el motor y Louise salió con presteza. La hierba se sentía mullida y suave bajo los pies y, de no ser por el murmullo del viento entre los arcos de las columnas y el canto de los grillos, el silencio sería completo.

— No es Acrópolis, pero se siente la misma impresión de inmortalidad.

— ¡Qué tranquilidad! — murmuró la joven acercándose a las ruinas. — No puedo creer que esto lleve aquí miles de años, sufriendo la erosión de los elementos.

— La mente humana no puede captar la vastedad del infinito — comentó Samson

entrando a lo que parecía ser el interior del templo — . El tiempo es una máquina creada por el hombre y la naturaleza no tiene esas limitaciones. Los dioses aún existen.

— ¿A quién le dedicaron este templo? — preguntó interesada.

— En las islas del Egeo existen muchos santuarios y templos atribuidos a diferentes dioses. Este templo fue dedicado a Hera, la madre de Apolo.

Absorta, Louise caminó lentamente entre las columnas. A pesar de que muchas de ellas estaban rotas casi en su base, no se requería mucha imaginación para reproducir mentalmente lo que debió ser el templo. Se sentía la presencia de los espíritus de los devotos, muertos y enterrados hacía siglos. Tanto ella como Samson bien pudieron existir en otra época, otro siglo...

— Hera, ¿no fue la esposa de Zeus? — rompió el silencio.

— También fue su hermana.

— ¡Su hermana!

— Por supuesto. Seguro que conoce la leyenda que cuenta cómo Hera lo rechazó, pero él se transformó en pájaro y, al hacerlo, ella lo acogió en su seno, sin saber que se trataba de Zeus. Pero el dios recobró su figura normal y la violó. La había engañado.

— No conozco bien la mitología — dijo tensa.

— Le aseguro que eso dice la leyenda. ¡No fue mi intención escandalizarla!

— No me escandalizó, señor Merritt — replicó enfadada y se dirigió al coche.

No permitiría que él se divirtiese a sus expensas.

Samson la siguió y como Louise era consciente de que la observaba, tropezó con una piedra y cayó con torpeza. Rauda y veloz se puso de pie y se sacudió la ropa con impaciencia. ¿Por qué se sentía dueña de la situación al lado de Ernest, y con Samson era tan torpe? Con Billy se portaba también con naturalidad. Se apresuró a meterse al coche.

— ¿Se ha hecho daño? — preguntó él, burlón.

— No, gracias — replicó a secas.

— Está muy tensa, señorita Conway . Creía que ya habíamos superado la etapa de antagonismo.

— No siento antagonismo hacia usted, aunque a veces pienso que me atormenta con toda premeditación.

— Si le doy esa impresión, tendré que reformarme — comentó lánguido — . Pienso que sólo le brindo la oportunidad de sacar a flote ese excelente temperamento que tiene. Al enojarse, sus ojos lanzan chispas violetas.

Louise inclinó la cabeza, sin saber qué contestar. Deseó que él se limitara a poner en marcha el motor y que la llevase a casa de su padre. Pero Samson hizo todo lo contrario. Encendió un puro y fumó en silencio. De pronto, le cogió un mechón de pelo entre los dedos.

— ¿Es natural? — preguntó.

— Sí — logró soltar el mechón.

El brazo de Samson reposaba en el respaldo de su asiento y ella estaba consciente de ello. No sabía qué tipo de juego planeaba, pero deseaba que no la obligase a

participar.

Horrorizada, se dio cuenta de que no habría protestado en caso de que Samson persistiera. Se sentía atraída hacia él y deseaba averiguar cómo besaba y lo que sentiría si la acariciaba. Le volvió inquieta, pero se sintió decepcionada al ver que Samson había perdido el interés por ella y observaba a una pareja de palomas sobre una rama.

— Creo que deberíamos regresar, señor Merritt.

— Sería una lástima abandonar este paraje tan tranquilo.

— Por favor. Es tarde y mi padre se preguntará dónde estoy.

— Son las cuatro menos cuarto — respondió calmado — . No es tarde, no se preocupe, no saldrán a buscarle. Me gustaría ir a la playa junto a mi casa a nadar.

— ¿A su casa?

— Eso he dicho.

— No tengo traje de baño.

— El bikini de Gracelyn le queda a la perfección.

— Preferiría no hacerlo.

— ¿Por qué?

Louise suspiró. Era difícil dar explicaciones cuando no existía razón lógica. ¿Por qué no aceptaba él su decisión sin hacer preguntas?

— ¿No se le ocurra pensar que a lo mejor no me apetece nadar con usted? — inquirió irritada.

— Si he de ser franco, no — se enderezó y retiró el brazo del respaldo.

Puso en marcha el motor y se dirigió a la carretera.

Louise guardaba un silencio sepulcral y Samson iba concentrado en el volante.

Después de recorrer cierta distancia, ella se dio cuenta de que iban en la misma dirección en que vinieron y que, por lo tanto, se dirigían a casa de Samson y no a la de su padre. Decidió que tendría que aguantarse. De nada serviría que le insistiese en que la llevara a casa. Además, la verdad es que le apetecía bañarse. Cuando llegaron, Samson aparcó el coche a la sombra de los árboles en la parte trasera de la casa.

— Vamos, la llevaré a casa más tarde.

— ¿Otra victoria, señor Merritt, u otra humillación? — presunto impaciente.

— No me provoque demasiado, señorita Conway , ¡no me incite a demostrarle lo vulnerable que es!

Con las mejillas ardientes, Louise entró en la sala. Se detuvo al ver a una elegante mujer reclinada en uno de los sillones. Y se sorprendió aún más al reconocer a Sarah.

— ¡Sarah! ¿Qué haces aquí?

— Esperándote, por supuesto — respondió poniéndose de pie y apagando su cigarrillo.

— ¿Le pasa algo a mi padre...? — Louise se humedeció los labios secos.

— Nada de eso, Louise . Dejé a tu padre durmiendo la siesta.

Louise estaba intrigada y se volvió hacia Samson que en ese momento entraba.

— Hola, Sarah — saludó mirando primero a Louise y luego a su madrastra — . ¡Qué sorpresa tan agradable!

— Nos alegramos al saber que habías vuelto — le miró fijamente.

Louise sintió que estaba de más y le pareció ridículo, ya que Sarah era la esposa de su padre. Seguramente sólo serían buenos amigos.

— Te veo muy bien, Sarah. ¿Cómo está Charles?

Sarah le explicó como seguía Charles y Louise quedó excluida de la conversación.

— ¿Qué te trajo aquí, la seguridad de tu hijastra?

— Cuando Ernest nos dijo que habías llegado, pensamos que tal vez preferirías estar solo. Llegaste antes de lo que calculamos — sonrió melosa.

— Louise no me molesta, la llevé al templo para que lo conociera. Habíamos pensado nadar un poco.

— Pero... — empezó Louise , no queriendo prolongar la tensión en el ambiente.

— No hay pero que valga. ¿No te molesta, verdad Sarah?

— Pensaba regresar de inmediato — dijo y el corazón de Louise dio un vuelco.

— Hazlo. Louise cenará conmigo y la llevaré más tarde — sonrió en forma enigmática.

Louise le miró furiosa. Al volverse hacia Sarah notó que ésta parecía rabiosa.

De modo que sus sospechas tenían fundamento.

— Prefiero regresar — intervino disgustada — . Le prometí a mi padre que le comentaría mis impresiones a mi regreso.

— Así es — asintió Sarah sonriendo de nuevo — . A Charles le gusta la compañía de Louise . Se llevan muy bien. Será en otra ocasión, Samson.

Louise no se atrevió a mirar a Samson al pasar frente a él. Presentía su ira y temía que la presencia de Sarah no le impidiera agregar algún comentario mordaz.

— Gracias, señor Merritt — murmuró antes de seguir a Sarah hasta el Jeep, medio oculto entre los árboles.

## CAPÍTULO 7

Louise se despertó a la mañana siguiente con un fuerte dolor de cabeza y desvelada por no haber dormido bien. No quiso pedirle un calmante a Sarah, pero la mujer notó su palidez y ojeras.

— ¿Qué te pasa, Louise ? — le preguntó preocupada.

Louise se lo explicó y Sarah fue por unas aspirinas. Se sentó junto a su hijastra.

— Aprovecho la oportunidad para decirte algo, Louise — la observó pensativa —. Se trata de Samson — suspiró —. Me es difícil decirlo, pero creo que debo prevenirte.

— ¿Prevenirme de qué?

— De Samson, por supuesto. Mira, Louise, sé que me dirás que no me meta donde no me llaman, pero, ¿crees que es justo para tu novio que aceptes invitaciones de Ernest y Samson?

Louise no respondió. Jamás imaginó que fuera a decir algo así. El día anterior, al regresar a la casa, habían hablado de nimiedades, ya que cada una estaba sumida en sus propios pensamientos. Luego Charles la acaparó. ¡Era ridículo que ahora la criticara! Louise tuvo ganas de echarse a llorar.

— No creo haber hecho nada de lo que deba avergonzarme — retó a Sarah con los ojos y la mujer le miró desconcertada.

— Yo no he dicho eso, pero creo que debes evitar a los hermanos Merritt durante tu estancia aquí.

— La cual está por terminarse — replicó a secas —. Si me permites... — en ese momento se escucharon las ruedas de la silla sobre el piso.

— Buenos días, hija — Louise se inclinó para que su padre le diera un beso —. ¿Qué pasa? — inquirió al notar sus ojeras.

— Louise tiene dolor de cabeza — respondió Sarah —. Seguramente tomó el sol demasiado ayer. Le decía que de aquí en adelante tomara las cosas con calma.

— Te oí decir que pronto regresarías a Inglaterra, ¿cuándo te irás?

— Dentro de una semana — admitió incómoda —. Iba a hablar contigo sobre eso...

— Creo que será lo mejor. Vamos. Nos sentaremos en el patio. ¿Nos acompañas, Sarah?

Sarah rechazó la invitación diciendo que tenía que hacer varias cosas. Charles preguntó como se encontraba Gracelyn antes de pedirle a Louise que empujara su silla.

— ¿Quieres regresar a Inglaterra? — le preguntó al estar solos.

— Me sorprende tu pregunta, sabes que tarde o temprano tendré que hacerlo.

— ¿Estás segura? ¿No tienes deseos de quedarte?

— Mi vida está en Inglaterra — dijo con lentitud —. Soy inglesa, papá. A pesar de la sangre que llevo en mis venas, nací y me crié en ese país; por lo tanto, mis raíces

están allí.

— ¿Con ese joven, Billy?

— Claro, es parte de mi vida.

— Así es. ¿A qué se dedica?

— Su padre es dueño de un taller mecánico, ya te lo dije, trabaja con él.

— ¿Crees que si compro un taller aquí en Grecia, tu novio estaría dispuesto a llevarlo?

— ¡Bromeas!

— Lo digo en serio. Así no tendrías que alejarte de mí.

— No es tan fácil — protestó triste — . Billy no desea abandonar Inglaterra... por lo menos, eso creo. Además, no sabe nada sobre Grecia, su gente, ni su forma de vida. ¿Cómo podría asumir la responsabilidad de llevar un negocio aquí? No resultaría.

— Sabía que dirías eso — comentó entristecido — . ¡Ay, Louise!, si tuviésemos más tiempo...

A Louise se le hizo un nudo en la garganta. Era la primera vez que su padre hacía alusión a su incurable enfermedad. Era imposible no sentirse responsable hacia él. Siempre había creído que él había abandonado a su madre y que fue el responsable del divorcio, pero los hechos seguían siendo los mismos, era su padre y se enfrentaba a la muerte con estoicismo. Las razones que ella alegaba para regresar a Inglaterra eran lógicas, pero ahora le parecían poco importantes. No podía explicarse esa obligación que sentía hacia su padre, sobre todo al sospechar la verdad sobre Sarah. Miró a su padre. Estaban en el mes de abril, los meses de mayo hasta septiembre pasarían pronto y luego... No permitiría que notase que sentía piedad por él. Charles pareció darse cuenta de su estado de ánimo y la cogió del brazo.

— Por favor, me dejé llevar por el sentimentalismo. Claro que tu lugar está junto a tu novio. No permitas que mi egoísmo te arruine la vida. Debes estar contenta, ya que pronto contraerás matrimonio... Tal vez podrían venir a pasar la luna de miel aquí. Claro que no en esta casa, sé que querréis estar solos. Pero Atenas es preciosa y me dijiste que te gustaría visitar la Acrópolis.

— No puedo tomar esa decisión sola — murmuró triste, imaginando la reacción de Billy al sugerirle que pasarán la luna de miel en sitios arqueológicos.

Era poco probable que aceptara venir a Grecia, aunque el clima cálido sería tentador.

— Lo comprendo — se quedó pensativo — . Lo discutiremos más adelante, por el momento gocemos de la vista.

— ¿Quieres que te lea? — Louise se mordió el labio.

— Me encantaría — murmuró con la cabeza apoyada en el respaldo — . Mi libro está aquí, sobre la mesita. Kayden siempre lo deja a mi alcance.

Louise sonrió y cogió el libro. Estaba escrito en griego y, aunque no comprendía lo que leía, su pronunciación mejoraba con la práctica. Llevaba tres días haciéndolo y tanto ella como Charles disfrutaban con ello. Media hora después, Louise intuyó que alguien los observaba. Alzó la vista y vio a Samson, apoyado con indolencia en los escalones de la terraza. Llevaba unos pantalones blancos y una camisa también blanca, abierta casi hasta la cintura. Dejó de leer y Charles, que tenía los ojos cerrados, los abrió.

— ¡Qué alegría verte, Samson! Anoche esperaba que vinieses a tomar una copa.

— Pensé que estarías demasiado cansado a esas horas — comentó sonriendo.

Louise se quedó callada y deseó dejarles solos. No soportaba escuchar hablar al hombre que engañaba a su padre. Parecía muy tranquilo.

— Louise me ha estado leyendo — informó Charles — . No entiendo más que algunas palabras, pero me gusta escucharla — soltó una risita.

— ¿Qué tal se encuentra, señorita Conway ? — preguntó con indiferencia.

- — Muy bien, señor Merritt.

— ¿Qué es esto? — Gritó Charles — . ¡Señorita Conway , señor Merritt! Samson, se trata de mi hija, Louise .

— No nos han presentado formalmente — comentó Samson burlón — . Si ella prefiere llamarme Samson, puede hacerlo. No dudo que sabe que yo... — sonrió burlón — . Seguiré llamándola así hasta que me permita usar su nombre de pila.

— Parece que os conocéis mejor de lo que queréis aparentar — los miró intrigado — . Louise , ¿existe algún antagonismo entre vosotros?

— Tu hija posee el don del antagonismo. Hasta parece que se afana por dar esa imagen.

Enfadada, Louise apretó los dientes para no replicar. ¿Cómo se atrevía a ridiculizarla ante su padre? Controló el deseo que tenía de ponerse de pie y asestarle una bofetada.

— Vamos, Louise — la animó su padre divertido — . Aquí todos somos amigos. Debí recordar que eres digna hija de tu madre y que no aceptarías la actitud arrogante que a veces muestra Samson. Sin embargo, él te convenció de que hicieras el viaje y le estoy muy agradecido — sus ojos se posaron en ella y luego en Samson — . No sería mala idea reclutar su ayuda para que te convenza de quedarte aquí.

— ¿De qué se trata, Charles ? — inquirió Samson.

— Temo que sea un problema sin solución — contestó entristecido — . Louise piensa casarse en junio y ya estamos en abril. Tendrá que regresar a Inglaterra para reunirse con su novio a finales de la semana entrante.

— Debe existir alguna solución. Faltan varias semanas para el mes de junio.

Louise le miró. ¿Estaría inmiscuyéndose otra vez en su vida? Deseó no haber conocido nunca a Samson.

— Olvidemos el asunto — afirmó Charles — . Louise , ve a preguntarle a Sarah si nos pueden traer un poco de café.

La joven asintió y se levantó; Sarah estaba en la cocina y no sabía que Samson estaba allí.

— ¿Nos podrían servir un poco de café? — le preguntó amable — . El señor Merritt está con papá.

— ¿Samson? — inquirió ceñuda — . ¿A qué habrá venido?

— No comprendo — no pudo reprimir su curiosidad.

— Por lo general sólo viene a cenar con nosotros los domingos.

— Entiendo — Louise se disponía a salir, pero Sarah la detuvo.

— ¡Louise ! No irás a crear problemas, ¿verdad?

— ¡Causar problemas! — repitió anonadada — . ¿Con respecto a qué?

— A lo que pasó ayer — repuso.

— ¿Qué pasó ayer? — se hizo la ingenua.

— Creo que lo sabes, Louise — Sarah la miró con fijeza — . Pensaste, bueno, intuí que imaginaste que había algo entre Samson y yo.

— ¿Estoy equivocada? — inquirió impasible.

— No es lo que imaginas — respondió mientras buscaba unos cubiertos. Louise no contestó y se dirigió a la puerta — . ¡ Louise !

— No te preocupes, tu secreto está seguro. Cuidaré la tranquilidad de mi padre — se volvió abatida.

Sarah pareció querer agregar algo, pero se arrepintió y Louise salió de la cocina. Subió a su habitación y se tumbó en la cama, sintiendo náuseas. De modo que no se había equivocado. Su madrastra temió que divulgara lo que sospechó. ¡Qué horror!

Momentos después se levantó para lavarse la cara. Regresó a la alcoba y frente al tocador, empezó a cepillarse el cabello con energía. Después se pintó ligeramente. De pronto alguien llamó a la puerta.

— Sí...

— Eh... Conway me mandó a buscarla, Señorita. — Murmuró la criada de Sarah.

— Está bien, gracias.

Louise se quedó quieta, apoyada en la puerta. ¿Para qué la querría su padre? Seguramente deseaba que los acompañara a tomar el café, aunque debió notar su inquietud. No podía negarse, así que intentaría dominarse.

Sarah estaba con ellos y charlaban amigablemente, pero Louise no estaba de humor para apreciarlo. Charles sonrió contento y Samson se puso de pie al verla.

— ¿Dónde estabas? — le preguntó su padre que parecía un poco cansado — . Sarah me recordó que te despertaste con dolor de cabeza.

— Ya me encuentro mejor.

— Me alegro — Charles sonrió.

Sarah le sirvió una taza de café a su hijastra.

Louise la aceptó agradecida.

— ¿Cuánto tiempo te quedarás, Samson? — preguntó Sarah encendiendo un cigarrillo.

— No estoy seguro — respondió — . Todo depende del laboratorio, pueden necesitar me con urgencia.

— Nos alegra tenerte aquí. Recibimos pocas visitas y Louise se aburre — la joven estuvo a punto de protestar, pero Charles prosiguió — . Samson podría llevarte en su motora a conocer la isla. ¿Te gustaría?

La joven se limitó a mirar enfadada a Samson, deseando que rechazara la invitación.

— No creo que sea buena idea, Charles — interrumpió Sarah — . Louise tiene dolor de cabeza y debe evitar el sol.

— ¡Tonterías! — repuso Charles, impaciente — . ¡Un simple dolor de cabeza no la convierte en inválida! Además, el aire del mar le vendrá bien, ¿no te parece, Louise ?

De nuevo se encontraba entre la espada y la pared. Por un lado, deseaba rechazar la invitación, lo cual molestaría a su padre, ya que consideraba a Samson un buen amigo. Además, deseaba aceptar porque estaba resentida con Sarah.

— Estoy segura de que el señor Merritt tiene mejores cosas que hacer.

— Todo lo contrario, señorita Conway , será un placer estar usted.

Louise miró a Sarah, quien disimulaba su enfado. Luego miró a su padre y pensó que si rechazaba la invitación, la discusión se prolongaría.

— De acuerdo — cedió a regañadientes.

— Perfecto. Estoy un poco cansado. Sarah, querida, ¿quieres llevarme a mi habitación?

— ¡Permite que lo haga yo! — Exclamó Samson y luego se dirigió a Louise — . Vaya por su traje de baño y espérame aquí. No tardaré.

A sabiendas de que era inútil protestar, la joven subió a su alcoba para ponerse el bañador. Era de color blanco y contrastaba con el ligero bronceado que había adquirido. Metió una toalla y su ropa interior en una bolsa de playa y luego se puso unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes.

Samson se encontraba solo en el patio esperándola.

— ¿Lista? — preguntó y ella asintió.

— Vamos, tengo la lancha aquí abajo.

— De modo que por eso no le oímos llegar. Louise le siguió a pasos lentos. Algo le decía que ese día resultaría distinto del anterior. Samson iba serio y distante. Al llegar a la lancha, Louise olvidó sus temores y, resignada, se encogió de hombros. Era imposible adivinar lo que ese hombre pensaba.

Samson metió la lancha en el agua y le indicó que subiera. Louise se dirigió a la proa y se tumbó boca abajo. Samson saltó dentro y puso en marcha el motor. La embarcación se deslizó hacia el mar y Louise dejó que su mano se deslizara por el agua fresca. Una sensación de libertad la invadió y protegiéndose los ojos con la mano, se volvió para mirar a su compañero. El viento le alborotaba el cabello y parecía estar en su ambiente. Louise volvió la vista hacia el mar y se preguntó por qué la habría invitado. Sentía curiosidad por conocer el motivo que le impulsó a enfadar a Sarah.

Iban bordeando la costa y se divisaban las pequeñas calas y bahías que salpicaban todo el litoral. Algunas de las caletas eran inaccesibles por tierra y pensó que podían detenerse en alguna de ellas para nadar.

— Señor Merritt, quiero decirle algo — se sentó.

— Hable — respondió impasible.

— No crea que acepté su invitación con entusiasmo, pero ya que estoy aquí y puesto que pasaremos el día juntos, creo que... deberíamos intentar portarnos como gente civilizada.

— ¿Sugiere una tregua? — murmuró en tono burlón.

— Supongo que sí.

— ¡Qué altruista!

— ¿A qué se refiere?

— Justo lo que he dicho. ¿Cree que eso la disculpa?

— No pedía disculpas — gritó indignada — . No tengo motivos para hacerlo.

— ¿Eso cree usted? — gritó con violencia.

Antes de que se diese cuenta de lo que él hacía, apagó el motor y la atrapó contra la

madera caliente de la cubierta. Luego se inclinó sobre ella, riéndose de sus inútiles esfuerzos por liberarse.

— ¡Bestia! ¡Debí adivinar que no se puede esperar un comportamiento civilizado de un... salvaje!

— Le aconsejo precaución, señorita Conway . ¡Los salvajes no se rigen por ninguna ley y ya le advertí que es usted muy vulnerable!

— ¡Suélteme! — exigió — . ¡No puede hacerme esto!

— ¿Eso piensa? — con una mano le acarició la mejilla.

Louise se puso rígida al sentir que enroscaba un mechón de su cabello en los dedos y lo acariciaba.

— Por favor, suélteme — susurró temblorosa.

Samson la observó un momento y luego la soltó, sentándose en el borde de la lancha, dándole la espalda. Louise permaneció callada. Era la segunda vez que estuvo a punto de caer en un precipicio y las dos se había quedado frustrada sin saber por qué.

Odiaba a ese hombre. Con rabia, se inclinó hacia adelante y le asestó un puntapié. Al encontrarlo desprevenido, Samson perdió el equilibrio y cayó al agua. Louise se apresuró a buscar el botón de encendido para poner en marcha el motor y salir huyendo. Por desgracia, el intento no resultó. Samson tardó sólo unos segundos en volverse a subir. Furioso y chorreando, murmuró algo en griego y Louise se fue al otro extremo de la motora, asustada.

— ¡No se acerque! — Gritó temerosa — . ¡Se lo merecía! ¡Usted empezó todo!

— ¡Está usted muy equivocada! — dijo acercándose a ella.

Louise sintió pánico. No podía quedarse parada, temblando como una hoja en espera de lo que él fuera a hacer. Entonces miró hacia la playa y calculó que la lancha estaba a unos ciento cincuenta metros de allí. La cala sería un refugio adecuado. Sin quitarse la blusa ni los pantalones, sacudió los pies para quitarse las sandalias y se tiró al agua. Empezó a nadar hacia la playa, escuchando a Samson que la llamaba, pero no le prestó atención.

Jadeaba por el esfuerzo cuando una corriente la arrastró hacia abajo haciéndola tragar agua. Logró sacar la cabeza para aspirar un poco de aire y ver cuánto le faltaba para llegar a la playa. La corriente la había arrastrado hacia un promontorio rocoso alejado de la arena. A pesar de que era buena nadadora, sintió miedo. La ropa le molestaba y estaba cansada. No le quedaban muchas fuerzas para luchar contra la corriente. Trató de calmarse y pensar con lógica. Si lograba escapar de la corriente, tal vez podría llegar a tierra. Pero las piernas y brazos ya no le respondían y cada brazada que daba hacía que el agua se le metiera por la nariz. Tuvo que respirar por la boca. Ya no tenía control en la respiración y se sentía indefensa. La corriente se volvió más fuerte y apenas avanzaba.

Estaba tan absorta en nadar por mantenerse a flote, que no escuchó el motor.

Un par de brazos la cogieron y la subieron a la lancha sin ningún miramiento. Estaba agotada, pero contenta de no tener que luchar más.

Poco a poco recobró un poco de fuerza y se incorporó. Decidió quitarse la camiseta, que se le pegaba al cuerpo. Samson estaba junto al timón, concentrado en guiar la embarcación hacia la playa. Se había quitado la camisa y tenía descubierto el torso

moreno. Louise se quitó la camiseta, la escurrió y la colocó sobre la proa antes de ponerse de pie, con piernas temblorosas.

— Gracias por... salvarme — murmuró.

— Olvídalo — la miró con desprecio — . No lo hice por usted.

— Supongo que debo pedirle disculpas — inclinó la cabeza, sin fuerzas para discutir.

— No me interesa lo que haga, será mejor que regrese a casa de su padre.

— ¿Por qué? — se sintió herida.

— Es evidente que le molesta mi compañía, y a decir verdad, ya no quiero estar con usted.

— ¿Por qué me invitó a salir entonces? — gritó a pesar suyo.

— Tenía mis motivos, pero no los que usted piensa. No tengo por qué aclarar sus sospechas con respecto a su madrastra y a mí.

— ¿Sarah?

— No me gustó el tono con que lo dijo, pero voy a sacarle de su error. ¡Entre su madrastra y yo no existe nada!

— ¿Quiere decir que Sarah bromeaba cuando me advirtió que no le dijese nada a mi padre?

— ¿Hizo eso? — su rostro se oscureció.

— Sí, de modo que sus protestas de inocencia no me convencen.

— ¿Quiere decir que me cree capaz de traicionar la confianza que tiene su padre en mí?

Louise ya no sabía qué creer. Experimentaba una sensación extraña con ese hombre.

— ¿Entonces lo niega?

— No tengo por qué justificarme.

— Escierto — admitió Louise — . Eso no tiene nada que ver conmigo. ¡Usted tiene derecho a acostarse con quien le dé la gana!

## CAPÍTULO 8.

Nada más decir eso, deseó no haberlo hecho. Sin decir palabra, Samson regresó a la motora y la metió en el agua. Louise se sintió muy desgraciada. ¿Cómo se había atrevido a enjuiciarle sin conocer los hechos? ¿Qué la empujó a decir eso? Con tristeza, observó lo que hacía Samson. ¿Cómo podría disculparse? ¿Qué le diría a su padre cuando le viera regresar tan pronto? Desde luego no podía decirle la verdad.

— ¡Samson! — murmuró — . ¡Espere! Quiero pedirle perdón — él la ignoró — . Por favor, Samson, escúcheme...

Él siguió sin hacerle caso y en un impulso, Louise le cogió el brazo. Por desgracia, pisó una piedra afilada y el dolor la hizo caer en el agua, a sus pies. Samson la ayudó a levantarse.

— ¡Por Dios santo! ¿Qué le pasa ahora?

— Nada. Pisé una piedra, eso es todo.

— ¿Nada más? — murmuró impaciente — . ¡Suba a la lancha!

— Samson, lamento haber sido tan grosera.

— Creía que le disgustaba estar conmigo.

— Bien sabe que eso no es cierto — murmuró cohibida.

— Pues no me ha dado motivos para pensar lo contrario.

— Supongo que no le caigo muy bien — dijo con la vista fija en los pies sumergidos en el agua.

— ¿Desea que no sea así? — Samson observó la cabeza inclinada y le acarició la sedosa piel del brazo.

— Por supuesto — respondió mientras se apartaba un mechón de la cara.

— ¿Sabe que está loca? Billy tenía razón al no querer que viniese. Además, es muy inocente. ¡Aún necesita que alguien piense por usted!

— ¿A qué se refiere?

— ¿De veras quiere saberlo? Está bien, se lo diré. ¿Quiere saber por qué quise que viniera conmigo? Le divertirá. Intentaba conquistarla. Ah, sí — agregó al ver que iba a interrumpirle — . Esa era mi intención. ¿Y sabe por qué? — La miró con crueldad — . Se lo explicaré. ¡Su padre es muy amigo mío y desea que usted se quede con él! Además, quería demostrarle que la relación con ese muchacho de Inglaterra es bastante frágil. ¡Quería hacer que cambiara de opinión! Haría todo lo que fuese con tal de ver feliz a Charles .

— ¡No quiero escuchar más! — gritó — . ¡Cállese!

— No voy a callarme, después de todo ha ganado usted. Pero no tenga miedo, no voy a hacerle nada.

Tambaleándose, Louise se alejó hacia un grupo de árboles. Estaba profundamente

herida, pero no permitiría que la viese detener más las lágrimas. Cuando ya no pudo llorar más, se incorporó y buscó a Samson, pero había desaparecido. Entonces se acercó al mar para mojarse la cara. Protegiéndose los ojos miró hacia el horizonte, pero no divisó nada. Empezó a preocuparse. ¿Dónde estaría? No era tan tonto como para nadar en esas aguas peligrosas. Puesto que la lancha estaba en su sitio, no la había abandonado.

— ¡Samson! ¿Dónde está?

No recibió respuesta y volvió a gritar mientras buscaba a lo largo de la playa. La caleta estaba desierta y la escasa vegetación no bastaba para ocultarlo. Sabía que era ridículo pensar que le podía haber sucedido algo, pero cada vez se sentía más angustiada.

— ¡Dios mío! — murmuró — . ¡No permitas que esté herido!

El silencio la ponía nerviosa y se retorció las manos mientras recorría la playa llamándole. De pronto se horrorizó al ver que algo negro se acercaba a la playa. Se tranquilizó al ver que una forma humana emergía del agua, con dos tanques de oxígeno en la espalda. Al reconocer a Samson, corrió hacia él.

— ¡Gracias al cielo que está sano y salvo! — exclamó — . Estaba angustiada.

— Escuche, Louise , soy yo, Samson, ¿recuerda? ¡Creía que le gustaría perderme de vista! — dejó caer los tanques y se quitó las gafas de bucear.

— No digas tonterías — exclamó nerviosa — . ¡Creía que se había ahogado!

— ¿Le habría importado?

— Claro que sí — bajó los ojos.

Él le rodeó la cintura con las manos y le besó el cuello y los hombros. Louise se estremeció y él le alzó la cara, acariciándole, luego le besó con pasión. En ese momento, Samson dejó de ser el hombre que odiaba. Eran tan sólo un hombre y una mujer que se atraían profundamente. Louise , se dio cuenta de que nunca había sentido lo mismo por Billy. Sus caricias nunca la incitaron de esa manera. Samson la había reducido a una completa sumisión. Él siguió besando y ella le correspondió sin reservas hasta que él se apartó.

— ¡Tú lo has pedido!

Las palabras la despertaron a la realidad y, avergonzada, se tapó el rostro con las manos. Luego le miró, pero él recogía los aparejos de buceo, tan tranquilo como si no hubiese ocurrido nada. Se colgó los tanques en un hombro y la miró en forma especulativa.

— No te sientas tan desolada, chiquilla. ¡No eres la única culpable!

— ¡No acostumbro a dejar que cualquier hombre me bese!

— Deseabas que lo hiciera — replicó impaciente — . No hace falta que hagas de esto un drama. Si quieres saberlo, te diré que yo tampoco acostumbro a correr aventuras con chiquillas.

— Te sentías muy seguro y no resistías la tentación de provocarme.

— Basta, señorita Conway — repuso furioso y le sujetó la muñeca con fiereza — . Si te gusta que te provoque, eso haré. ¡Háblame de Billy! ¡Dime cuánto le quieres! ¡Admite que sientes lo mismo con él! La próxima vez que tengas ganas de jugar, búscate a otro — le soltó la mano.

Louise estaba furiosa, no sólo con él, sino consigo misma. Sin darse cuenta de lo que hacía, le golpeó en el pecho. Samson soltó los tanques y la apartó con facilidad.

— ¡Por Dios, madura! — gritó — . Tarde o temprano todos lo hacemos.

— ¡Te odio! — exclamó.

— ¿Por qué? ¿Por qué sabes que tengo razón? ¿Por qué empiezas a darte cuenta de lo que verdaderamente sientes por ese muchacho inglés? No le amas, te cae bien, eso es todo.

— ¿Qué te hace decir eso?

— No deseo que arruines tu vida tal como lo hizo tu padre al principio. Yo... soy un solitario. No necesito una mujer a mi lado.

— ¡Oh, no sabes como te odio!

El regreso a casa fue rápido y Louise saltó de la lancha antes de que tocara tierra. Samson corrió tras ella.

— ¿Qué quieres? — le preguntó cansada.

— Dile a tu padre que no vendré a cenar esta noche. Tengo... otras cosas que hacer.

— De acuerdo — replicó enfurruñada.

Durante el resto del día, Louise evitó la compañía. Le dijo a Sarah que Samson no iría a cenar. Su padre no le hizo demasiadas preguntas. Sarah parecía curiosa, pero no estaba dispuesta a decirle nada. Después de comer, mientras Charles descansaba, Louise subió a su cuarto a escribir a Billy. No había recibido contestación a la primera, pero sabía que a él no le gustaba escribir. Además, dentro de una semana estaría en Inglaterra. Eso la puso nerviosa y dejó de escribir.

Por más que intentaba dejar de pensar en lo ocurrido con Samson y en las últimas semanas, no podía. ¿Qué la impulsó a escribirle a su padre? De no haberlo hecho, nada de esto habría sucedido. No habría conocido a su padre y seguiría siendo el enigma de siempre, no habría averiguado que su madre la había engañado al hacerle creer que su padre era un irresponsable. Ahora que le conocía, no podía aceptar la versión de su madre. El divorcio fue una consecuencia lógica de sus diferentes personalidades. Su madre fue muy injusta al prohibir que Louise viese a su padre. ¿Pero qué ganaba con desear que las cosas hubiesen sido distintas?

La compleja personalidad de Samson la fascinaba y lo mismo debía ocurrir con otras mujeres. Se notaba que tenía mucha experiencia. Sus besos se lo demostraron. Sabía cómo incitarla. ¿Cuál fue su propósito? ¿Y cómo podía sentirse tan atraído por él cuando estaba a punto de casarse con Billy?

Luego se obligó a pensar que no había ningún problema, ya que Samson sólo la consideraba una chiquilla inmadura. Decidió darse una ducha fría y luego bajar al patio. Tenía que olvidarse de ese hombre.

— ¿Ya te encuentras bien, Gracelyn? — inquirió al verla sentada en el patio.

— Estoy mejor, gracias. ¿Qué tal has pasado tus vacaciones?

— De maravilla, este sitio es fantástico.

— Eso pienso yo, soy muy afortunada al vivir aquí — asintió la jovencita.

— ¡Sólo tomar el sol! — se puso seria — . Aunque creo que puede llegar a cansar.

— Supongo que tienes razón. Pero no creo que te quedes después de... — la miró — .

Mira, sé que me he portado como una tonta desde que llegaste, pero quiero disculparme. Hablé con papá y de pronto me pareció estúpido que te tuviese rencor.

— No sé qué contestar — estaba atónita.

— No digas nada — Gracelyn esbozó una sonrisa — . Soy muy celosa, amo a Ernest. Al ver lo guapa que eres, tuve miedo.

Louise le miró sorprendida. No podía creer que con solo una conversación, su padre hubiese logrado operar ese cambio en su hermanastra. Se quedó con ella charlando de nimiedades y cuando subió a cambiarse para la cena, pensó que el día a pesar de haber empezado tan mal, resultó ser mejor de lo que esperaba.

Ernest fue a cenar con ellos y Gracelyn no se mostró celosa. Pero algo que le dijo Ernest le dejó muy preocupado.

— ¿Qué pasó entre Samson y tú esta mañana? — preguntó en tono confidencial.

— No sé a qué te refieres — preguntó inquieta.

— ¡Debes estar bromeando! Casi no me atreví a acercarme a el de lo furioso que estaba.

— No exageres — murmuró Louise mirando a Gracelyn, que por fortuna estaba hablando con su padre.

— Está bien, pero sabes perfectamente a lo que me refiero. Pensé que éramos amigos — se puso de pie.

— ¡Lo somos, ¡no seas infantil! ¡Tu hermano y yo nos llevamos mal, eso es todo!

— ¿Crees que es eso? — entornó los ojos.

— ¿Tiene alguna importancia?

— Eso lo has de decidir tú.

— ¡Déjame en paz! — Exclamó cansada del interrogatorio — . Ve a hablar con Gracelyn — Ernest se molestó, pero obedeció.

Los días siguientes transcurrieron sin novedad. Gracelyn resultó ser una compañera agradable. Nadaba muy bien. Bajaron a la playa juntas y hablaron de todo. Gracelyn mostró mucho interés por Billy y le hizo un sinfín de preguntas. Sentía curiosidad por saber cómo eran los matrimonios en Inglaterra. En Grecia era normal que el sitio de la mujer casada fuera en el hogar. Por lo tanto, cuando Louise le informó que después de la luna de miel volvería a su trabajo, Gracelyn le miró sorprendida.

— ¿No te importará?

— Claro que no. No todo es cuidar de la casa.

— Pero tendrás familia — insistió Gracelyn.

— No enseguida, ni tampoco muchos hijos. Las familias inglesas suelen ser pequeñas.

— A mí no me gustaría. Quiero estar en casa para cuidar de Ernest, proporcionarle todo lo que necesite, prepararle la comida, tenerle su ropa siempre a punto. Quiero tener muchos hijos. Ernest dice que los hijos únicos son muy solitarios.

— Dime, ¿por qué fuiste hija única? Tengo entendido que nuestro padre deseaba una familia numerosa.

— Así fue, pero el embarazo de mi madre fue difícil y le prohibieron tener más hijos después de que yo naciera — Gracelyn suspiró.

— Debe haber sido difícil para ella y para papá.

— Dadas las circunstancias, tal vez fue lo mejor. Cuando papá empezó a ponerse mal, no creyeron que fuese nada serio y él continuó trabajando. Llegó un momento en que se encontró tan mal, que no pudo proseguir. Vivíamos en Atenas — murmuró con añoranza y Louise la comprendió.

Después de todo la vida en la isla era muy solitaria. Gracelyn debía sentirse muy aislada.

El martes por la noche Samson fue a visitar a Charles , pero como llegó después de la cena, Louise no le vio. Permaneció con su padre todo el tiempo y se fue sin despedirse. A pesar de que no quería admitirlo, se angustiaba al saber que no volvería a verle, ya que ella se iría el sábado.

El miércoles su padre les sorprendió al sentarse a desayunar con ellas. Sarah fue la única que se mostró preocupada, pero Charles la calló con un gesto.

— No pude quedarme en mi habitación. ¡Hace un día estupendo! ¿Sabes si llegó el barco del Pireo?

— Supongo que sí, pero no estoy segura. Ya lo sabrás a su debido tiempo.

Charles parecía muy animado y Louise se preguntó por qué la llegada del barco le causaba tanta alegría. Al ver su sonrisa, Louise sintió un nudo en la garganta. Era tan encantador, tan amable... todo lo que siempre deseó en un padre. Dentro de tres días... nunca más le volvería a ver.

— ¿Qué haremos hoy, Gracelyn? ¿Va a venir Ernest?

Algo pasaba porque todos intercambiaban miradas conspiradoras. ¿Habrían planeado una fiesta de despedida?

Louise estaba a punto de disculparse cuando escucharon el motor de un coche. Parecía el ruido del Jeep y Louise alzó la vista esperando ver a Ernest. Pero se oyeron varias pisadas en el vestíbulo, así que no podía ser un hombre solo. Se puso pálida al ver a Samson al lado de un joven con su traje oscuro, estaba fuera de ambiente.

— ¡Billy! — Louise no lo podía creer — . ¿Qué haces aquí?

— ¡Hola, Louise ! ¿Cómo estás? — murmuró nervioso.

Louise se levantó y se volvió hacia su padre, completamente sorprendida.

— Por favor, dime qué pasa.

— ¿Te sorprendí, verdad Louise ? — rió complacido — . ¡No me creías capaz de pedirle a tu novio que viniera para que tú te quedaras un poco más! Billy va a pasar unas vacaciones aquí. No sé cómo no se me ocurrió antes.

— ¡Y tu padre, Billy... el negocio...! — tartamudeó. — Todo está arreglado. Mamá y papá están encantados, no les gustó que vinieses sola — le lanzó una mirada retadora a Samson, pero este no la notó.

Ahora comprendía el cambio operado en Gracelyn. Por eso se había vuelto tan amistosa. Puesto que Louise tendría a su novio, Gracelyn podía mostrarse generosa. Louise se sintió engañada. ¿Por qué interfirieron en su vida? ¡No quería que Billy estuviese allí! Deseaba regresar a casa, a Inglaterra, al ambiente que conocía, a la vida que conocía. Respiró hondo. Tendría que simular el mismo entusiasmo que veía en los demás, a excepción de Samson.

Todos esperaban ver alguna reacción entusiasta en ella. Dadas las circunstancias, no le quedó más que acercarse a su prometido y darle un beso de bienvenida.

## CAPÍTULO 9.

El sol estaba muy alto y Louise se sentó para ponerse la bata de baño que estaba a su lado sobre la arena. Miró a su novio, tumbado sobre una toalla a su lado. Tenía los ojos cerrados, y empezaba a ponerse moreno. Billy lo estaba pasando muy bien y se llevaba perfectamente con la familia. Charles , con su encanto natural, le hizo sentirse como en casa. Jugaba al ajedrez con él casi todas las tardes. Sarah le trataba igual que a Ernest, con buen humor y Billy le correspondía con la misma actitud. Hizo buenas migas con Gracelyn con quien buceaba a menudo. Sólo ella se sentía alejada del círculo familiar, pero lo intentaba disimular.

En realidad debería sentirse satisfecha de estar al lado de todos los que amaba, pero estaba de mal humor e inquieta y le era difícil mostrarse animada cuando lo único que deseaba era irse sola a algún lejano lugar y olvidarse de todo.

Desde que Billy llegó, ella no le había dicho nada de lo que sentía por su padre y sabía que su novio esperaba que regresasen a Inglaterra dentro de diez días. Deprimida, pensó que Billy había olvidado sus principios al aceptar la invitación de Charles , pero se avergonzó de pensar eso. Su estado de ánimo no tenía nada que ver con Billy, se debía a que no había visto a Samson desde que él llegó. De nada le servía repetirse que Samson le era indiferente. Le atormentaba saber que estaba tan cercano y, sin embargo, tan lejos.

— ¿Qué hora es? — preguntó Billy, abriendo los ojos.

— Casi las doce. ¿Quieres nadar? — preguntó.

— ¿Te apetece a ti? — se desperezó y le pasó un brazo por los hombros, se lo quitó antes de ponerse en pie — . ¿Qué le pasa? — preguntó intrigado.

— Nada. Estoy entumecida, necesito moverme un poco. ¡Vamos al agua! — sonrió a modo de disculpa.

— De acuerdo. Perdona, ¡olvidé tu problema!

— ¿Qué? — Louise le miró sin comprender.

— La enfermedad de tu padre.

— ¡Ah! ¡Te echo una carrera en el agua! — llegaron casi juntos y pasaron un buen rato jugueteando en el agua.

Luego Billy la cogió en brazos para llevarla a la arena.

— Sabes que te quiero, ¿no? — la abrazó y la besó.

— Aquí no, Billy, nos verán desde la casa.

— ¿Y qué importa?

Una vez en su habitación, Louise se quitó el traje de baño y se duchó antes de ponerse unos pantalones azul marino y una blusa. Luego bajó a la sala, se acercó al bar y cogió una cerveza del pequeño refrigerador. De pronto se dio cuenta de que un hombre estaba sentado en uno de los sillones. Creyó que era Ernest, pero se equivocó. El que

estaba allí era Samson. Ella se puso nerviosa y le dio la espalda para abrir la cerveza y servirla en un vaso.

— Hola, hace mucho que no te vemos, ¿qué te trae por aquí?

Samson se acercó al bar y por un instante, pensó que iba a tocarle. Pero él se limitó a coger la botella de whisky para servirse otra copa. La miró con solemnidad mientras bebía. Louise no podía creer que fuese el mismo hombre que la besó con tanta pasión hacía tres días. Por lo visto, él también recordaba el incidente.

— ¿Qué haces aquí, no piensas regresar a Atenas? — preguntó con tal de romper el silencio.

— Tu padre me invitó a comer. Te alegrará saber que mañana temprano regresaré a Atenas. Ernest me llevará a Acomia y desde allí me iré en la avioneta de un amigo. Era inconcebible que esas palabras la deprimieran tanto. Le asustaba saber que él ocupaba un lugar tan importante en su vida.

— Cuando vuelvas ya no estaré aquí,

— Tengo entendido que te quedarás una semana más.

— Sí — Louise dejó su vaso casi intacto.

— ¿A tu novio le gusta Haukar?

— Le encanta — Louise se mordió el labio — . Todos son muy amables con él.

— ¿Incluyéndome a mí? — preguntó.

— Te debo una disculpa... por mi comportamiento en la playa. Fue bastante estúpido.

— ¿No pretenderás que también yo me disculpe, verdad? — comentó pensativo.

— De nada me serviría — replicó.

— No te preocupes, pronto te librarás de mi presencia. ¿Cómo está tu padre?

— Bastante bien. Va a comer con nosotros — volvió a coger el vaso al no saber qué hacer con las manos.

— Fue estupenda la idea de invitar a tu novio, ¿no?

— ¿A quién se le ocurrió? — preguntó dudosa.

— A tu padre, por supuesto.

— ¿Tú no tuviste nada que ver en ello?

— ¿Qué interés podría tener yo?

Cómo despreciaba ese poder que tenía para herirla. Deseaba pegarle, pero el ruido de ruedas en el pasillo la frenaron. Logró sonreír antes de saludar a su padre.

— De modo que te decidiste a venir — su tono era de satisfacción — . Ernest me dijo que te irás mañana.

— Así es. Hay problemas con la nueva vacuna de la que te hablé. Tendremos que investigar todo el proceso de fabricación de nuevo. En las pruebas de laboratorio resultó eficaz.

— ¿Qué has decidido del trabajo de la universidad, lo aceptarás? — preguntó interesado.

— Esta conversación debe parecer aburrida a tu hija — comentó como si no quisiera hablar de asuntos personales ante la presencia de Louise .

— ¡No seas absurdo! Está tan interesada como yo. No todos los días te ofrecen una

beca para la investigación.

— No sé si lo aceptaré. Las becas implican dedicación y ese trabajo me quitaría la libertad de ir y venir a mi antojo.

— ¡El hombre necesita la seguridad! — Aseguró Charles — . La administración...

— ¡Requiere responsabilidad! — Terminó Samson — . Tu hija juraría que yo no la tengo — comentó y Charles lo miró con curiosidad.

— Veo que no aceptas consejos. Pero sabes lo que yo pienso, para lo que puede valer. ¿Qué dicen tus padres?

— Lo mismo que tú.

En ese momento Billy entró a la habitación. Con sus vaqueros y la camiseta estaba muy diferente a los otros dos. Saludó a Charles con un gesto, miró a Samson y luego a su prometida. Al ver que Louise le sonreía, le pasó un brazo sobre los hombros. Se hizo un silencio molesto.

— ¿Han ido a nadar esta mañana? Me pareció verlos hace un rato en la playa.

— Sí — respondió Billy con entusiasmo — . Y esta tarde Gracelyn me enseñará a esquiar.

— No contéis conmigo. Tengo... un poco de dolor de cabeza — aseguró Louise .

— Lo siento, querida. En ese caso, no iremos.

— Por mí no os preocupéis, no me importa quedarme sola. Me echaré la siesta a ver si se me pasa.

Sarah, Gracelyn y Ernest entraron en ese momento.

— ¡La comida está servida! — Anunció Sarah mirando a Samson, pero dirigiéndose a Charles — . ¿Te sientes bien, querido?

— Sí. Samson, ¿me haces el favor de empujar la silla?

Louise se recluyó después de comer. En realidad, tenía sólo un leve dolor de cabeza y ese no era el motivo por el que decidió no ir. No deseaba estar en compañía de Gracelyn y Ernest. Este último no dejaría de hablar de Samson y no estaba de humor para ello. Se acostó, cerró los ojos, y agradeció el aire acondicionado que refrescaba la habitación. Oyó que Charles y Samson entraban en la habitación de su padre. Sarah estaría reposando o leyendo alguna revista. Los demás habían partido en el Jeep.

Intentó relajarse, pero a pesar de la tranquilidad que la rodeaba, se sentía en extremo inquieta. Casi prefería estar fuera, paseando entre los árboles de la colina y disfrutando del día. Llegó un momento en que ya no soportó estar en la cama, así que se levantó y se vistió. El patio estaba muy tranquilo, sólo se escuchaba el murmullo del mar y el cantar de los grillos.

Rodeó la casa hasta el sendero que subía a las colinas. Era el mismo que tomaron para ir a Benku y a la casa de Samson, así que sabía que a unos quinientos metros había una refrescante arboleda. Hacía mucho calor y el vestido, húmedo por el sudor, se le pegaba al cuerpo, mientras subía. Se detuvo y se volvió para admirar la majestuosa bahía que se divisaba. Luego continuó subiendo y decidida, apretó el paso, pero estaba tan cansada, que pensó regresar. De pronto escuchó un motor. Se detuvo, echándose a un lado.

— ¡Loca irresponsable! — Louise se tambaleó y Samson saltó del coche — . ¿No tienes sentido común para saber que no debías salir sin un sombrero? ¡Santo cielo,

debes estar loca de remate!

— No necesito tus consejos... — Samson no la dejó terminar.

La cogió del brazo, la empujó hacia el coche y la metió a la fuerza. Luego puso en marcha el coche y se dirigió a la arboleda.

Louise agradeció la brisa refrescante. Samson conducía hacia el lago que vio el día en que llegó. Siempre había querido regresar, pero no se le presentó la oportunidad.

Cuando llegaron, Samson detuvo el coche al borde del agua. No era un lago grande, pero, a juzgar por el color azul, debía ser profundo. Bajó del Jeep y se dirigió a la orilla. Tiró una piedra al agua, que estaba helada debido a los árboles que la sombreaban. De pronto recordó que al otro lado del lago estaba el templo de Hera. Volvió la cabeza y vio que Samson estaba apoyado en el coche fumando un puro.

— ¿Allí está el templo, verdad? — señaló con un dedo.

— Correcto. Debieron construir el templo cerca del agua por razones lógicas. Seguramente entonces no había tantos árboles y el templo llegaba hasta la orilla. ¿Sabías que los espíritus tienen afinidad con el agua?

— Aire, fuego y agua — murmuró pausada.

— Supongo que en el templo había fuego — apagó el puro con la suela del zapato — . Ciertos ritos son comunes a todas las religiones. Las velas de hoy sirven para el mismo propósito.

— ¡Esa comparación es una barbaridad!

— ¿Por qué? ¿Qué hay en las creencias modernas que las haga más aceptables que aquellos ritos catalogados como bárbaros? ,

— ¡Si estás tratando de picarme, no lo vas a conseguir! — respiró hondo — . ¿Para qué me trajiste aquí?

— Es tan buen lugar como cualquier otro — replicó sombrío — . Siempre que veo que una mujer joven se arriesga a pillar una insolación, intento detenerla. ¡Por fortuna, eso no sucede a menudo!

— Acepto que fui una boba al no coger un sombrero, pero necesitaba alejarme de la casa y se me olvidó.

— Podías haberme dicho que te llevase donde quisieras.

— ¿No me digas! — replicó impaciente — . ¿Qué te habría dicho? Por favor, señor Merritt, necesito aire fresco. ¿Quiere sacarme de aquí?

— ¿Te sentías sofocada por el ambiente?

— Yo no he dicho eso.

— No, pero lo insinuaste.

— Quería estar sola.

— ¿Lejos de la casa?

— Sí.

— ¿Dónde?

— Este sitio está bien.

— Pero no estás sola — dijo.

— No — Louise desvió la vista consciente de lo aislados que estaban — . Por favor, Samson, no discutamos. Hoy no. ¡Habla de tu trabajo, de cualquier cosa! Me interesa

mucho — se dejó caer en la hierba.

Samson se quitó la chaqueta y la corbata y las dejó en el coche. Luego se desabrochó varios botones de la camisa y regresó al lado de Louise .

— ¿Es que te interesan las enfermedades que tanto daño le hacen al hombre? — inquirió sentándose a su lado.

— Debes tener bastantes satisfacciones en tu trabajo — dijo a la defensiva.

— Seguro que estás pensando en los grandes descubrimientos que lucieron los Curie o Fleming — sonrió — . Puedes estar segura de que mi trabajo es bastante rutinario. Antes que nada soy fisiólogo y me paso casi todo el tiempo revisando los cultivos, examinando las muestras, tratando de descubrir qué nos hace funcionar. Para un profano sería muy aburrido.

— En realidad quieres decir que me sería difícil comprender tu lenguaje. ¡Me bombardearías con términos científicos! — Frunció el ceño — . ¿Hay mujeres en la empresa?

— Sí, en el departamento de investigación hay mujeres y hombres — admitió — . Pero si piensas que un hombre de mi profesión necesita la compañía de una mujer que se dedica a lo mismo, estás equivocada. Créeme, al salir del laboratorio lo que menos quiero es hablar del tema.

— ¿Qué es lo que necesitas? — preguntó después de arrancar una brizna de hierba.

— Muchas cosas — comentó estirando las piernas.

— ¿Cómo qué?

— Todo depende, ¿te refieres a mis necesidades espirituales o a las físicas?

— Háblame de Atenas — decidió cambiar de tema.

— ¿Qué te gustaría saber? ¿Te describo los magníficos tesoros de los museos o los jardines nacionales, los cabarets o las tabernas? Deja de usar tácticas evasivas, Louise . Ambos sabemos a qué conduce todo esto...

Louise fue a levantarse, pero Samson fue más rápido y se lo impidió. Le deslizó los dedos por el brazo hasta llegar al hombro: Notó que se ruborizaba. Louise ya no tenía fuerza de voluntad y cuando él se inclinó para besarla, ella se tapó el rostro con la mano. Él se la quitó y le dio un beso en cada dedo.

— ¡Samson! — murmuró medio en protesta y él la miró intrigado.

¡Estaba comprometida con Billy, pero deseaba sus caricias! Samson le apartó un mechón de la frente. Ella le miró y Samson sonrió.

— ¿Qué pensamientos tortuosos cruzaban por tu mente? Presiento que te estás recriminando y no entiendo por qué.

— Eres muy listo, ¿verdad? — exclamó con amargura.

— Nada especial. ¡Por Dios santo, Louise , deja de buscar motivos por lo que hacemos! Hay cosas que no aceptan análisis y te lo digo por experiencia.

— ¡No me cabe la menor duda de ello!

— Louise — suspiró — . ¿No tienes sentido común? — la besó y ella intentó resistirse, pero no pudo.

Con un gemido, Samson la tumbó en el suelo mientras la besaba los hombros. Le deslizó un tirante y siguió besándola. Louise le correspondió.

— ¡Esto es una locura! — murmuró temblando — . Soy humano, Louise , y esto no puede continuar.

Con un esfuerzo inaudito se apartó y se puso en pie. Sin volver la vista, se dirigió al coche y unos minutos más tarde, cuando Louise se incorporó, vio que encendía un puro. Sabía que dentó de muy poco, no volvería a verle nunca más. Y también sabía que ella le atraía tanto como él a ella. Lo malo era que en él era sólo una reacción física, mientras que en ella era algo mucho más destructivo.

Regresaron en silencio y cuando Samson detuvo el coche junto a la casa, Louise salió sin despedirse.

Él se limitó a hacerle un gesto con la cabeza y salió disparado entre una columna de polvo. Apesadumbrada, Louise entró a la casa.

Sarah estaba sentada en el sofá con unas revistas en la mano. Al verla un poco despeinada y con briznas de hierba en el vestido, le dijo:

— Quiero hablar contigo, Louise . ¿Quieres sentarte?

— ¿No puede esperar? — murmuró cansada.

— Me temo que no — replicó a secas — . ¡Siéntate!

## CAPÍTULO 10.

Louise sabía que Sarah iba a hablarle de Samson, y no estaba de humor para ello. Todavía estaba demasiado fresco en su memoria el recuerdo de lo acontecido junto al lago y le dolía pensar que Samson no compartiría su futuro. Billy no tardaría en regresar y no soportaba la idea de estar con él.

— ¿De qué se trata, Sarah? — preguntó sentándose.

Sarah, que tenía las piernas sobre el sofá, las bajó y se puso de pie. Empezó a pasearse por la habitación. Luego se detuvo y la observó.

— Se trata de... Samson — dijo muy tensa.

— Eso imaginaba — admitió con la cabeza inclinada.

— ¿Por qué, soy tan transparente?

— Depende de lo que quieras decir por transparente.

— De todos modos, no tiene importancia. Creo que debes enterarte de ciertas cosas...

— ¿De qué cosas?

— ¿Nunca se te ocurrió preguntar si mis padres viven?

— No, lo siento. ¿Por qué me lo preguntas?

— Soy huérfana — Sarah suspiró y se volvió a sentar — . Mis padres murieron durante la guerra y los padres de Samson me llevaron a su casa cuando tenía un año escaso.

— Comprendo — Louise empezó a interesarse.

— ¿De veras? Samson tenía casi cuatro años, entonces, y se convirtió en mi... ¿cómo decirlo?... mi protector. Estábamos muy unidos — volvió a levantarse.

— No veo la relación conmigo.

— No comprendes. ¿Crees que somos como hermanos?

— ¿Qué tratas de decirme, Sarah?

— Cuanto tuve edad para casarme, tu padre visitaba con frecuencia la casa de los Merritt. Samson estaba en Inglaterra terminando su educación.

— Lo sé.

— ¡Me sentí halagada por la insistencia de Charles ! Después de todo era un hombre rico, mucho más que los Merritt y yo era bastante joven como para que eso me impresionara. No me di cuenta de lo que hice hasta después...

— Te refieres al regreso de Samson, ¿verdad? — Louise sintió náuseas.

— Por supuesto.

— ¿Qué te hizo creer que Samson te amaba?

— Es evidente, ¿no? Nunca se casó.

— Pero en su vida hubo otras mujeres.

— No significaron nada para él. Todos los hombres necesitan mujeres. ¡Debes saber

que Samson es todo un hombre!

— ¿Qué insinúas? — Louise se puso de pie.

— ¡Lo sabes muy bien! — Replicó Sarah desenmascarando su mal humor — . Llegué a amar a tu padre, pero nunca como a Samson, y cuando esté libre... Quiero que sepas que Samson sólo juega contigo.

— ¡Tú me odias! — exclamó horrorizada dando un paso atrás.

— No te odio, de hecho, me caes muy bien. Pero cuando se trata de Samson... puedo ser muy ruda.

— ¿Sabe... Samson lo que sientes por él? ¿Te corresponde?

— ¿Necesitas preguntarlo?

Louise estaba horrorizada. ¡No podía ser cierto! No era posible que Samson, quien respetaba tanto a su padre, le engañara sin remordimientos. Además, si Samson la amara como ella daba a entender, correría sus aventuras lejos de su vista.

Sin poder aguantar más, Louise subió corriendo a su habitación. Entró en la ducha y se metió bajo el agua fría. No quería pensar...

Después de la cena, los cuatro jóvenes estaban bailando al son de la música cuando Charles pidió que Louise subiese a verle. Louise entró en la alcoba y cerró la puerta.

— Ven aquí, Louise — señaló el borde de la cama — . Quiero decirte algo.

Louise se estremeció. No deseaba tener que tomar más decisiones ese día, pero no se podía negar.

— Escúchame. Invité a Samson a comer con nosotros para pedirle una cosa. Puesto que aceptó, debo hacerte una pregunta.

— Adelante — se puso pálida.

— También estuve hablando con Billy, de modo que sabe lo que voy a decirte.

— ¿De qué se trata?

— Samson dio su permiso para que uséis su casa durante la luna de miel. Él no estará aquí. Tiene un piso en Atenas y necesita tomarse algunos días de descanso, podrá visitar a sus padres en Delfos.

— ¡Ay, no! — exclamó sin pensar.

— ¿No te atrae la idea? — preguntó desilusionado — . Supongo que fue una proposición egoísta...

— ¡No se trata de eso!

— Entonces, ¿qué pasa? A tu novio no le pareció mala idea.

— No comprendes... — empezó sintiéndose muy desdichada.

— Empiezo a hacerlo — le apretó las manos.

— No tiene nada que ver con mi estancia aquí.

— Debí adivinarlo — murmuró — . Se trata de Samson, ¿verdad?

— Samson... — repitió simulando sorpresa, pero sus mejillas sonrojadas la delataron.

— No trates de engañarme, Louise . Lo veo en tu rostro. Sé que tengo razón. Esta mañana lo sospeché, pero descarté la idea pensando que era un viejo tonto, ahora veo que tenía razón — movió la cabeza — . Ay, Louise , ¿qué puedo decirte?

— Nada. Supongo que todas las chicas habrán sentido alguna vez un enamoramiento

sin consecuencias.

— ¿Crees que no es más que eso?

— Claro. En Inglaterra me olvidaré de todo. Ha sido una aventura, eso es todo.

— ¿Y Billy?

— Nos casaremos, tal como tenemos planeado.

— ¿Estás segura de que tu decisión es la correcta? — se mostraba dudoso — . Si sucedió una vez, podría volver a suceder.

— Es la primera vez que me pasa, debe ser el ambiente extraño para mí. Por favor, hablemos de otra cosa.

— ¿Y tu luna de miel?

— Hablaremos de ello más adelante. Ay, papá — se mordió el labio para no llorar — . Desearía... desearía...

— Lo sé — Charles le acarició la cabeza — . También yo...

— ¿Quieres que te lea un poco? — preguntó controlada.

— ¿No quieres regresar a bailar?

— Prefiero quedarme contigo.

— Quédate, me encanta estar contigo.

Después de la partida de Samson, las cosas volvieron a la normalidad. Louise pasaba las horas con los demás haciendo infinidad de cosas con tal de agotarse y así no pensar. Inclusive intentó esquiar con el desafortunado resultado de torcerse un tobillo. Cuando estaba con Gracelyn y Ernest se sentía menos torpe con Billy. Logró olvidar momentáneamente el problema.

Después de una semana y sabiendo que el tiempo se agotaba, pensó que tenía que llegar a una decisión con respecto a su padre. Billy mencionó que podían pasar la luna de miel en la casa de Samson.

— ¿A ti te gustaría? — le preguntó.

— Pensé que te gustaría a ti — frunció el ceño — . No me importaría. Estaremos solos y podrás pasar bastante tiempo con tu padre.

— Sí — asintió suspirando.

— ¡Por Dios, Louise , lo deseas o no!

— Supongo que sí — respondió a la defensiva.

— No te comprendo — murmuró — . Has cambiado mucho y no sé por qué. Tu padre es un gran tipo y creo que le caigo bien. Sarah es agradable y Gracelyn y Ernest son dos buenos amigos. ¿Qué te pasa? ¿Qué nos pasa? ¡No es sólo tu padre!

— ¿Tan mal me he portado? — Louise se sentía muy mal.

— No lo sé. ¡Nuestras relaciones no son como antes! ¡Basta con que te ponga un dedo encima para que des un salto!

— Exageras.

— De todos modos no lo entiendo.

— No existe nada extraño — insistió Louise — . Me encontraré mejor cuando volvamos. Creo que este lugar me deprime.

Billy la observó como si tratara de leerla el pensamiento, pero ella desvió la vista. Por

nada del mundo permitiría que adivinara lo que le pasaba.

La noche anterior a la partida todos estuvieron solemnes, pero la tensión desapareció cuando Louise le prometió a su padre que regresaría en junio a pasar allí la luna de miel. Sin embargo, a la mañana siguiente, Louise se mostró renuente a abandonar a su padre.

Triste y apenada, llegó al Pireo por la tarde y un taxi les llevó a un hotel de la ciudad. Allí pasarían la noche. Su padre le había dicho que Samson se encargó de arreglar todo. Después de cenar en el comedor del hotel, cogieron un taxi para ir a la Acrópolis. Louise no estaba de humor para visitar otros sitios de interés y pidió disculpas a Billy. Deseaba meterse en la cama. Tenían habitaciones contiguas y cerró con llave la puerta comunicante. Presentía que Billy estaba inquieto.

— ¡Louise ! ¿Estás despierta? — preguntó Billy con tono de haber bebido, a eso de las tres de la mañana tratando de abrir la puerta.

Louise permaneció callada y rogó que no intentase entrar por la puerta del pasillo que no tenía llave. Respiró aliviada cuando Billy desistió después del segundo intento.

— ¿Llegaste tarde? No me di cuenta. Debí quedarme dormida tan pronto como me metí en la cama — repuso a la mañana siguiente después de que Billy se disculpara. Salieron del aeropuerto a las once de la mañana y llegaron a Londres temprano por la tarde. Louise vio que los padres de Billy les estaban esperando. Molesta por lo que consideró una intromisión y no una sorpresa agradable, tuvo que simular alegría. Mientras iban en el coche, Billy no dejó de hablar, entusiasmado, sobre sus impresiones de Grecia. Al llegar a Oxhamton Louise rechazó ir primero a casa de sus futuros suegros y les pidió que la llevaran a su casa.

— Louise , tu casa estará fría y no tienes nada de comer — replicó la señora Middleton

— . ¡No seas testaruda! Vente con nosotros y Billy te llevará más tarde

— Louise siguió negándose.

— ¡Por Dios, papá, déjala en su casa! No hay por qué discutir tanto. Iré a verte más tarde, Louise — intercaló Billy impaciente.

— De acuerdo — asintió Louise .

Cuando estuvo en su casa, respiró tranquila. Le agradaba encontrarse entre sus cosas en el hogar de tantos años, aunque estuviera vacío. Su madre nunca fue muy expresiva, pero le había proporcionado el apoyo suficiente y la había querido. Ni aun después de conocer a su padre y saber que las cosas no fueron como se las había descrito su madre, iba a dejar de quererla. Su madre debió obrar así pensando que era lo mejor.

Entró en la cocina a prepararse un café. No hacía demasiado frío, así que no hacía falta que encendiera la chimenea. Subió las maletas a su cuarto y empezó a deshacerlas. Al terminar de sacar las cosas de la primera, se encontró con una bata que le había prestado Gracelyn en el fondo. Esa prenda inanimada logró lo que ninguna palabra, le hizo derramar las lágrimas contenidas.

Diez minutos después seguía llorando cuando sonó el timbre de la puerta. Se miró al espejo y vio que estaba horrible. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Billy no podía verla así. Entreabrió la puerta y se asomó.

— ¡Señora Boyer! — exclamó — . ¡Gracias al cielo, pensé que era Billy! — la mujer

llevaba una botella de leche y una bolsa del supermercado en las manos.

— Hola Louise — sonrió — . No quiero estorbarte, pero vi que habías regresado y supuse que no tendrías nada en la casa.

— Entre, señora Boyer. Disculpe mi apariencia.

Louise cerró la puerta. Cuando entró de pronto corrió a la cocina al recordar la tetera. La cocina estaba llena de vapor y el agua seguía hirviendo. Después de apagar la lumbre, le indicó a la señora que pasara a la sala.

— Muchas gracias, tenía ganas de beber un poco de café.

— Mira, cariño — dijo después de observarle el rostro — . No me quedaré. Debes tener muchas cosas que hacer. Si me necesitas, llámame.

— No se vaya, me alegra mucho verla — insistió — . ¿Cómo está? ¿Cómo están todos?

— Tuvimos una fuerte epidemia de gripe, pero ya estamos bien.

— Nosotros pasamos unas vacaciones estupendas. ¿Le contó la señora Middleton que Billy fue a pasar unos días con nosotros?

— Sí, lo sabe todo el mundo — comentó la señora Boyer. — Ella nos informó que regresabais hoy y que irían a buscaros al aeropuerto.

— Así es. La señora Middleton insistió en que me quedara con ellos a cenar, pero preferí venir aquí.

— ¿Cómo está tu padre?

— Tal como era de esperarse. Pero es maravilloso, señora Boyer. ¡Enseguida me encariñé con él!

— Me alegro.

— Su esposa también es agradable. Se llama Sarah. Tienen una hija, Gracelyn, mi hermanastra.

— Vaya, vaya, debió ser todo maravilloso.

— Así es, pero me alegra estar de regreso.

— Me voy, me esperan — titubeó — . ¿Te gustaría que regresara un poco más tarde para acompañarte un rato?

— ¿No le importaría?

— Desde luego que no. Regresaré a eso de las siete. Te traje un poco de jamón que prepararé esta mañana y un poco de mermelada que hice hace poco.

— Es usted un encanto.

— ¡Tonterías! Deja de llorar y come algo.

Cuando la mujer regresó más tarde, Louise se sentía mejor. Se había lavado y arreglado un poco.

Encendió la chimenea, ya que empezó a hacer frío y se sentaron frente a ella. Al cabo de un rato, llamaron al timbre.

— ¡Debe ser Billy! — murmuró Louise y la mujer se levantó — . ¡Por favor, no se vaya!

— No le gustará encontrarme aquí — repuso.

— Tendrá que aguantarse — replicó Louise .

Billy no mostró deseos de quedarse al ver a la señora Boyer y aunque las acompañó

un rato, no tardó en irse.

— No puedo casarme con Billy — dijo sin pensarlo.

— Billy no es para ti — contestó la señora Boyer con calma.

— ¿Qué he dicho?

— Lo que has oído, Louise . Siempre he pensado que no debías casarte con Billy. No me interpretes mal, es buen chico. Será un buen esposo para otra chica, pero no para ti. Te pareces mucho a tu madre. Lo dominarías en pocos años.

— ¡Es una acusación terrible! — protestó.

— Lo sé, pero es la verdad. Seguramente sabes por qué lo digo. Él se doblega demasiado ante ti. Le haces bailar a tu son.

— Hace que me sienta como una bruja — murmuró con la cabeza inclinada.

— No te lo tomes así, Louise . Yo sólo he dicho que no creo que te fuera bien con un hombre tan dócil como Billy. Da gracias al cielo por haberte dado cuenta a tiempo.

¿Qué harías si ya estuvieses casada y con familia?

— Billy me quiere — dijo a la defensiva.

— ¿Crees que eso basta?

— Ya no sé qué pensar.

— Tú eres la que dijiste que no podías casarte con él — recalcó la señora Boyer — .

¿Qué esperabas que dijese? ¿Qué intentará convencerte de que estabas equivocada?

— Tal vez — murmuró incómoda.

— ¡Si he de ser franca, necesitas que te zarandeen un poco! Está bien, cástate con Billy. Apoyaré cualquier decisión que tomes y te desearé mucha suerte.

— ¿Qué tal es el matrimonio?

— No es precisamente un lecho de rosas — suspiró — . Es mucho más que cuidar un hogar y una familia.

— ¡No quiero defraudarle! — gimió desconsolada.

— Tú debes decidir, Louise . Debes hacer lo que juzgues más conveniente.

Mucho rato después de acostarse, Louise seguía dándole vueltas al asunto sin saber qué hacer. Se sentía obligada hacia los Middleton y, aunque eso era lo que menos importaba, sabía que se sentirían defraudados. Con Billy sería diferente. No se abatiría, al contrario, se jactaría de haber sido él quien terminó las relaciones.

Luego pensó en Samson y se dio cuenta de que sería mucho más cruel casarse con Billy queriendo a otro hombre.

Una semana más tarde, Louise se encontraba en el jardín, arrancando las malas hierbas cuando se presentó la señora Middleton.

— ¿Puedo entrar, Louise ? — preguntó muy seria — . Quiero hablar contigo.

— Desde luego — dijo — . ¿Entramos a la sala? Espere un segundo que me quite las botas, están llenas de barro, el jardín está tan...

— ¡Basta Louise ! — Gritó la señora Middleton — . No me interesa el estado de tu jardín. Sabes a lo que he venido. ¡Billy nos contó la conversación anoche!

— Intenté decírselo desde que regresamos... — suspiró.

— ¡Basta! Quiero saber por quién nos has tomado, no somos tontos, Louise . Ni mi

marido ni yo podemos aceptar que canceles todo. ¿Por qué lo haces?

— Ya se lo he explicado a Billy — murmuró con las mejillas ardiendo — . No estoy enamorada de él, eso es todo.

— ¡Eso es todo! ¡Eso es todo! ¡Qué fácil decirlo! ¿Qué ha sucedido para hacerte cambiar?

— Por favor, señora Middleton. Yo no quería que sucediera esto. Pero creo que ha sido mejor descubrirlo antes de casarnos.

— ¿Cómo puedes hablar así? — La miró con desprecio — . ¡Billy es un chico estupendo!

— Lo sé muy bien — Louise se retorció las manos. — También sabes que el padre de Billy y yo nos encargaríamos de dejaros bien establecidos. Inclusive pensamos compraros una casa. Billy tiene dinero, podrá darte lo que deseéis...

— Señora Middleton, el dinero no tiene nada que ver. Sé que Billy haría feliz a muchas chicas. Es bueno y generoso y a su lado, una se siente apoyada. Pero no es para mí — la señora se la quedó mirando antes de caer postrada en el sofá, echa un mar de lágrimas.

— ¿Qué pensarán los vecinos? — Sollozó con amargura — . Desde hace un mes no he dejado de hablar sobre la boda. ¡Hice tantos planes! Iba a sugerirte que fuésemos al centro a escoger un encaje italiano para tu vestido de novia. Ay, Louise , ¿cómo puedes hacernos esto?

Louise se sentía muy mal al ver el estado de la señora. No sabía qué decir. A menos... que se retractara. Pero eso sería estúpido e inútil. Tarde o temprano llegarían al mismo punto.

— Por favor, señora Middleton. Trate de comprenderme. Sólo deseo hacer lo que considero correcto. No podría engañar a Billy casándome con él. No le amo.

— ¿Por qué dejaste de amarlo? ¿Qué sucedió para que cambiaras de parecer? — no le quitaba los ojos de encima — . ¡Ah, comprendo! — gritó — . ¿Cómo no se me ocurrió antes? Se trata de aquel hombre, ¿verdad? Aquel griego, el tal Samson. Louise , dime si estoy en lo justo — se puso de pie — . ¡Admítelo! De eso se trata.

— No estoy segura — dijo con la cabeza erguida.

— No trates de engañarme, es tan claro como la luz del día. ¡Por ese extranjero asqueroso dejas plantado a mi hijo!

— Se equivoca. Para el señor Merritt yo no significo nada. Esto no tiene nada que ver con él.

— ¿No? Supongo que eres poca cosa para él. Además, en esos países extraños los matrimonios se deciden desde el día en que se nace. Sin duda está casado.

— Sin duda — Louise estaba demasiado cansada para discutir.

— En ese caso eres una idiota, Louise . Jamás encontrarás otro chico como Billy ni que esté dispuesto a consentirte tanto.

— Seguramente — murmuró impasible.

La señora Middleton salió de la casa con una exclamación de disgusto. Louise esperó a que diera el portazo en la reja para dejarse caer sobre el sofá. Se sintió completamente sola. Ni siquiera la existencia de su padre podía consolarla.

# CAPÍTULO 11

Louise volvió a su trabajo una semana después. Los médicos se alegraron de tenerla de nuevo con ellos, aunque su suplente había sido muy eficiente. Le había escrito a su padre diciéndole que todo marchaba bien, pero se cuidó de no mencionar que había roto el compromiso con Billy. Sabía que si se enteraba, le insistiría en que regresara a Haukar lo que enfadaría a Gracelyn y Sarah. Se lo diría más adelante cuando pudiese enfocar el problema con más objetividad.

Volvió a su rutina, aunque echaba de menos a su madre. Puesto que contaba con tiempo libre, pudo hacer varias cosas. La señora Boyer le aconsejó que alquilara un apartamento más pequeño, pero Louise no quería abandonar la casa. Empezó a cocinar nuevos platos y a confeccionarse su ropa. No salía mucho; rara vez se permitía asistir a algún concierto o al teatro. Las esposas de los médicos, al enterarse de su situación, empezaron a invitarla y casi siempre había algún soltero en sus reuniones. A pesar del rompimiento, Billy iba a visitarla. Al principio no le pareció correcto, pero conforme pasaba el tiempo llegó a apreciar su amistad. No tardó en enterarse de que Billy salía con otra chica. Le molestó saberlo a través de otros, pero a lo mejor Billy creyó que a ella le molestaría.

Estaban a mediados de mayo y los días se alargaban y se volvían más calurosos. Hubo momentos en que incluso llegó a sentirse bastante feliz. Solía ir y volver andando de la clínica. El resto de la tarde lo pasaba en el jardín arreglándolo. Después de cenar cosía o leía fuera. Le escribía con regularidad a su padre y recibía sus respuestas en las que le recordaba que esperaba su segunda visita con impaciencia.

Una noche, la esposa del doctor Barrett, el socio mayoritario de la clínica, la invitó a cenar. Louise aceptó con gusto. En el último momento, decidió ponerse un vestido de chiflón que compró en un momento de debilidad, poco antes de la muerte de su madre. Se recogió el pelo y, al mirarse en el espejo, le gustó su imagen. Cuando llegó, Joshua Holmes, un joven estudiante de medicina, la observó con admiración. La mayor parte de los invitados eran de mediana edad o mayores, pero la trataron con deferencia. La hicieron sentir a gusto. Al terminar la cena, los invitados mayores se sentaron a jugar al bridge, en tanto que los más jóvenes decidieron ir a bailar.

Louise pasó una velada agradable y Joshua la llevó a su casa de madrugada. Sabía que Joshua esperaba que le invitara a pasar a tomar un poco de café, pero estaba cansada. Le dio su número de teléfono para que la llamara la siguiente semana. Bajó del coche y se dirigió alegre a la puerta, sin importarle que estuviese lloviendo y que fueran las tres de la mañana. Joshua esperó a que introdujera la llave en la cerradura y luego se despidió. Al dar la vuelta a la llave vio una sombra.

— ¿Quién está ahí? — murmuró asustada, pero al reconocer al intruso, sus piernas temblaron — . ¡Samson!

La expresión de Samson era de enojo y sin esperar a que lo invitase, abrió la puerta y

la empujó hacia adentro. Cerró la puerta con llave. Louise buscó el interruptor y encendió la luz.

Samson no parecía dispuesto a explicarle el motivo de su presencia. Con toda parsimonia se quitó el abrigo, atravesó la sala, abrió la puerta de la cocina y encendió la luz. Las persianas no estaban bajadas y Louise rogó que no le viese nadie, Imaginó lo que diría la gente. ¿Pero por qué estaba allí y por qué no le explicaba el motivo de su visita?

— ¿Tienes idea de la hora que es? — inquirió después de quitarse el abrigo.

— Por supuesto — murmuró — . ¡Haz un poco de café! ¡El clima de Inglaterra es horrible para la salud!

— ¿A qué has venido? — preguntó nerviosa — . ¿Se trata de mi padre? Está...

— No ha muerto, si es lo que piensas — dijo — ¡poco te importaría!

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Como si no lo supieses! — replicó con desdén.

— No lo sé — insistió Louise — . Por Dios, dime de una vez a que has venido.

— A su debido tiempo — Samson abrió varios armarios — . ¿No tienes un poco de café?

— Sólo del instantáneo — replicó incómoda — . ¡Deja, lo haré yo! — sacó un frasco y puso un cazo con agua en la lumbre.

La presencia de Samson le restaba amplitud a la cocina y no soportaba estar tan cerca de él. Samson se desabrochó la chaqueta y se dedicó a observar lo que ella hacía. Louise no dudaba que la ponía nerviosa con premeditación.

— ¿No podías venir a una hora más adecuada?

— Te estoy esperando desde las nueve y media — replicó.

— ¿Aquí? — inquirió incrédula.

— No todo el tiempo. Fui a cenar, luego al hotel, te llamaré varias veces por teléfono y finalmente, vine a esperarte.

— ¿A qué se debe tanta insistencia? — murmuró con sarcasmo.

— ¿No te importó nada el telegrama que te envió Sarah? ¿O es que no te preocupas por nada?

— ¿El telegrama de Sarah? — Repitió Louise — . ¿Qué telegrama? No he recibido ninguno.

— ¡Mientes! La esperé en la puerta de la oficina de correos mientras ella lo enviaba.

— No lo recibí. ¿Qué decía, algo con respecto a mi padre?

— Por supuesto.

— ¡Dime lo que decía! — gritó Louise exasperada — . Por Dios, ¿no te das cuenta de que te digo la verdad? — estaba a punto de llorar.

— Hace una semana tu padre sufrió un ataque inesperado. Lo llevamos a una clínica en Atenas. Su vida pendía de un hilo, pero tu padre es más fuerte de lo que pensamos. Está mucho mejor.

— ¿Sarah te dijo que me envió el telegrama?

— ¿A quién debo creer? — inquirió indeciso.

Louise se dio media vuelta, por supuesto que creería a Sarah. ¿Por qué no? La conocía desde que eran niños. Era la mujer con quien deseaba casarse. Sarah le deseaba tanto que se atrevió a no enviar la misiva para que Louise no regresara a Grecia. Por desgracia, sus planes fallaron. Al no presentarse, su padre envió a Samson por ella.

— ¿Quieres leche y azúcar? — preguntó al servir el agua.

— ¿Vamos a la sala? La cocina es muy chica.

Se adelantó para encender la lámpara junto a la televisión. Luego se sentó frente a la chimenea. Samson la siguió, pero no se sentó. Se paseaba por la sala y observando los adornos y fotos.

— ¿Preguntó mi padre por mí? — inquirió con torpeza.

— Por supuesto, no eres más que su hija.

— ¡Dios es testigo de que no recibí ningún telegrama!

— Me veo forzado a creerte. No te creo capaz de andar divirtiéndote hasta estas horas si supieses como está tu padre.

— Gracias, no necesito tu condescendencia.

— Al diablo contigo, no me mostraba condescendiente. Sin embargo, debes admitir que llevas una vida bastante agitada.

— ¿Qué sabrás tú? Para tu información es la primera vez que regreso a esta hora.

— Eso es asunto tuyo — aseguró — . Tengo curiosidad por saber con cuántos hombres estás al mismo tiempo — Louise se levantó de un salto y al hacerlo derramó un poco de café en la mesita.

— ¡No te atrevas a criticarme... traidor! — gritó furiosa — . Hago con mi vida lo que me da la gana, ¡igual que tú!

— ¡Lo sabes muy bien! Dime, ¿qué está haciendo ese pobre idiota de Billy en este momento? Apostaría a que duerme tranquilo, pero me pregunto en qué cama. ¿Por qué no aquí?

Louise le asestó una bofetada tan fuerte que le enrojeció la mejilla. Samson lanzó una maldición y la cogió de la cintura para acercarla buscando su boca. Louise intentó soltarse, pero la fuerza de Samson se lo impidió y al poco tiempo la tenía sumisa en sus brazos. Suspirando, le rodeó el cuello y le correspondió con tanta pasión que él tuvo que apartarla.

— Dios mío — murmuró — . ¡No permitas que haga algo de lo que luego pueda arrepentirme! — Deslizó las manos por su espalda — . ¿Llevas algo debajo de esto?

— Por supuesto — murmuró y volvió a acercarse — . ¡Samson, bésame otra vez!

— Ten piedad de mí, Louise , deja de atormentarme.

— ¿Atormentarte, yo? — repitió intrigada.

— ¡Olvidalo! Tenemos que hablar. ¿Podrías regresar a Grecia unos cuantos días? Charles quiere verte.

— ¿Cómo podría? — Hizo un gesto desvalido — . Acabo de empezar a trabajar de nuevo.

— Sé que es difícil. De todos modos es una hora infame para estar hablando de eso.

— ¿Por qué me esperaste hasta tan tarde? — ocultó un bostezo.

— Supongo que después de un viaje tan largo quería asegurarme de que seguías viviendo aquí. Más vale que me vaya.

— No regreses al hotel, quédate aquí — sugirió.

— No, gracias.

— ¡No te escandalices, no te invitaba a dormir conmigo! Pero me parece una tontería que vuelvas al hotel a estas horas.

— De acuerdo — aceptó después de flexionar los músculos y frotarse la nuca — . No me gustaría tener que buscar un taxi a estas horas.

Louise deseó no haber sido tan impulsiva, fue una tontería. Samson le pertenecía a Sarah, pero pensándolo bien, ¿qué daño haría si pasaban unas horas juntos?

— La cama de la otra alcoba está hecha. La sobrina de mi vecina, la señora Boyer, iba a quedarse aquí unos días porque su tía no tenía lugar en su casa. Es la primera de la derecha, subiendo la escalera.

— Gracias — Samson subió el primer escalón y se volvió — . ¿Me tienes confianza, Louise ?

— Creo que sí.

— Muy bien — sonrió y subió de dos en dos los escalones.

Qué extraño tener un hombre en casa, pensó Louise al apagar las luces. Escuchó sus movimientos en el baño antes de que entrara a la alcoba. Después de haber estado sola tanto tiempo se sentía protegida.

Se despertó al escuchar que alguien silbaba una melodía en la cocina. Miró al despertador y se asombró. ¡No podían ser las diez y media! En eso vio una bandeja con una jarra, una taza, un poco de leche y azúcar. Samson debió subirla mientras estaba dormida. Se sintió incómoda. ¿Cómo sería dormida? ¿Roncaría? ¿Mantendría la boca abierta? Saltó de la cama, se puso la bata y bajó. Al llegar al vestíbulo, Samson salía de la cocina con un tazón de café y el periódico del día.

— ¿Qué pensarás de mí?, nunca duermo hasta tan tarde — murmuró al recordar que no se había peinado — . Pero es sábado. ¿Hace mucho que te levantaste? ¿Dormiste bien?

— La cama es muy cómoda, dormí bastante bien. Hace una hora que me levanté.

— Me alegro de que durmieras bien, voy a vestirme.

— Toma un poco de café — la invitó con indolencia — . No te preocupes por tu apariencia, ¡para mí siempre estás preciosa!

— ¡Samson! — exclamó incómoda — . Tengo que saber si... te piensas casar con Sarah, después... después de que muera mi padre.

— Sabes la respuesta — replicó controlando el enfado.

— No la sé. Sarah dijo...

— Prosigue, ¿qué te dijo Sarah?

— Que tus padres la educaron.

— Cierto, porque quedó huérfana durante la guerra.

— Sí me lo contó, pero luego agregó que tú tenías cuatro años y que te erigiste en su protector.

— También es cierto. Era muy pequeñita y estaba asustada. Prosigue.

— Dijo que las cosas continuaron igual durante años hasta que te fuiste a Inglaterra. Durante tu ausencia la presentaron a Charles y aceptó casarse con él. Cuando regresaste...

— ¿Qué pasó cuando regresé? ¿Qué te dijo?

— Que se dio cuenta de su error porque tú la amabas y a causa de ello seguías soltero...

— ¡Dios mío! — Samson se pasó los dedos por el pelo.

— ¿No es cierto? — preguntó temblorosa — . ¿No la quieres?

— ¡Sarah es como mi hermana! — murmuró violento — . ¡Ella lo sabe! ¡Dios es testigo de que nunca le di motivos para pensar otra cosa!

— Te creo — murmuró humedeciéndose los labios resecos — . Con respecto al telegrama...

— Louise — gimió cogiéndole la mano y acariciándosela.

De pronto sonó el timbre y Louise se puso tensa. Miró desvalida a Samson y él le soltó la mano.

— ¿Quieres que abra?

Louise asintió y se dirigió a la sala, donde se quedó en la puerta, a la expectativa.

— ¡Samson! — Exclamó Billy sorprendido — , ¿Dónde está Louise ? Quiero verla.

Louise escuchó que la puerta se abría para que entrara Billy. Se preparó para enfrentarse a lo inevitable.

— ¡Louise! — exclamó resentido.

Volvió la vista hacia Samson, Billy se puso del color del tomate y Louise adivinó lo que estaba pensando.

— ¿Qué deseas, Billy? — preguntó sin dar explicaciones.

— Vine a decirte que me voy a pasar una semana, a casa... en Chelford — estaba incómodo — . Quise avisarte para que no te preocuparas.

— Muy amable de tu parte, Billy.

— Sólo vine a eso — se metió las manos en los bolsillos y luego se dirigió Samson — . Espero que el señor Conway esté bien. ¿No ha sucedido lo inevitable, verdad?

— Está bien, gracias — le informó Samson.

— Me alegra saberlo. Louise , me voy, veo que estás, eh... ocupada...

— Así es — Louise apretó los labios — . ¡Diviértete!

— Así lo haré, gracias. Hasta pronto, adiós, Samson.

Samson sólo hizo un gesto con la cabeza y ella acompañó a Billy a la puerta. Al regresar a la sala, Samson observaba al joven por la ventana.

— ¡Dios mío! ¡Eres un témpano de hielo! — murmuró violento — . ¿Qué tratas de hacerme? ¿Sabes por qué lo invité a pasar? ¡Sabía que llegaría a la conclusión errónea!

— Es evidente — murmuró tranquila.

— ¡Por todos los diablos, seguro que pensó que dormimos juntos!

— Supongo — Louise bajó la cabeza — . Has echado a perder mi reputación, pero no tiene importancia.

— ¡A Billy debería importarle! — gimió — . ¡A menos que este país esté habitado por imbéciles!

— ¿Por qué habría de importarle a Billy? ¡Dejamos de salir hace seis semanas!

— ¿Qué has dicho? — inquirió dudoso.

— Desde hace seis semanas ya no salimos.

— ¡Eso fue justo cuando regresaste de Grecia!

— Así es.

— ¿Lo sabe tu padre?

— No se lo he dicho. Después de lo que Sarah me dijo, sabía que le molestaría que volviera y mi padre insistiría en que lo hiciera.

— ¿Por qué no me lo dijiste anoche? — preguntó tenso.

— No tenía por qué hacerlo. Supuse que no te interesaría — Samson se acercó a ella.

— Me importa muchísimo — murmuró antes de besarla en el cuello.

Louise sabía que cedería con facilidad. Él poseía el poder de sacar a flote su vulnerabilidad.

— ¿Por qué rompiste el compromiso, por mí?

— Sabes la respuesta — dijo ruborizada.

— ¿Qué pasa, de qué tienes miedo? ¿Crees que voy a seducirte? — Samson movió la cabeza con impaciencia — . No soy el animal que piensas. Además, ¿sería tan terrible...?

— No — respondió temblorosa — . Por eso me da miedo. ¡Debo... ir a vestirme!

— Primero te diré algo — murmuró con ternura — . Tu padre no me envió. Cree que recibiste el telegrama y que decidiste no verle. Vine porque tuve que hacerlo. Quería estar seguro de te casabas con Billy. Anoche al no encontrarte en casa, la peor agonía de mi vida pensando que estabas con él, pero te divertías con otro.

— Un estudiante de medicina que el doctor Barrett me presentó anoche. No existe nada entre nosotros.

— Me alegro. Louise , tenía que verte. Te deseaba tanto que no podía pensar con claridad. Luego cuando me besaste sospeché que tú también sentías lo mismo. ¡Te lo habría dicho antes, pero se presentó Billy! Quise herirte tal como lo hiciste tú, pero sólo logré herirme yo mismo.

— ¿Y ahora? — le miró.

— Ahora, pensaremos en serio sobre nuestro futuro. ¿Cuándo te casarás conmigo?

— ¿Casarnos? — Louise tocó los labios de Samson con un dedo — . Creía que eras un solitario al que no le hacía falta la compañía de una mujer.

— Te necesito, Louise — la calló con un beso — . Te necesito porque te amo, porque no puedo vivir sin ti.

— Papá estará encantado — murmuró — . En cuanto a Sarah...

— Sarah tendrá que aceptarlo. Pero no me has contestado.

— No necesitas preguntármelo. Te adoro... — por unos momentos reinó el silencio, luego Samson la apartó un poco.

— No quiero alejarme de ti, pero dentro de poco estaremos juntos para siempre — de

pronto esbozó una sonrisa enigmática — . ¿Te gustará ser la esposa de un profesor universitario?

— ¡La beca! — Murmuró incrédula — . Pero... las responsabilidades...

— Comparadas con las que asumiré con una esposa, no serán nada — comentó satisfecho.

Fin